



EL MINISTERIO APOSTÓLICO HOY

"... hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo." Efesios 4:13

El ministerio apostólico hoy aborda sin excusas la permanencia en el tiempo de un ministerio peculiar vital, espiritual e irremplazable dentro de la Iglesia del Señor.

Para ello echa mano de una interpretación sana y completa de toda la Palabra de Dios, la cual afirma claramente haber sido instituidos los cinco ministerios de efesios para que permanezcan en la Iglesia hasta que todos hayamos llegado a la unidad de la fe.

Es verdad que el mundo ha sido fértil en anti ejemplos, en falsos apóstoles, arrogantes, carnales y ególatras: ***El ministerio apostólico hoy*** despeja todas las dudas al respecto, aclarando cuál ha de ser el carácter y la conducta de un verdadero apóstol, que ha sido llamado por Dios para ser siervo, y nunca para ser servido...

El presente volumen recoge ponencias de un retiro de pastores y obreros realizado en mayo de 1997 en la provincia de Córdoba, Argentina.

EDITORIAL QUILMES



Jorge Pradas

Pastor, predicador, poeta y escritor preclaro, es el fundador del grupo de iglesias pertenecientes a la Iglesia Cristiana Evangélica de Quilmes.

Nacido en España está radicado en Argentina desde 1954.

Miembro del Presbiterio Mayor y característico en su profundidad teológica y su claridad expositiva, se ha constituido en un punto de referencia para la cristiandad evangélica actual.



Daniel García

Natural de Argentina, pastor y maestro de reconocida trayectoria, es miembro del Presbiterio Mayor.

Profesor de Teología y autor de diversos escritos doctrinales y teológicos, ha sido director del Instituto "Casa Bíblica" por ocho años.

Actualmente radicado en Barcelona, España, coordina la obra misionera internacional y la extensión del Evangelio desde y hacia Europa.



Rubén Naranjo

Pastor y misionero argentino, ejerció su ministerio en Barcelona, por un período de doce años.

Miembro del Presbiterio Mayor, profesor de Teología y director del Instituto "Casa Bíblica" de Barcelona, durante su misión europea.

Pastoreo las congregaciones de San Nicolás y Rosario y reside actualmente en Buenos Aires, donde pastorea la Iglesia central

SUMARIO

Introducción (Page 6)

Capítulo 1. La institución del Ministerio Apostólico (Page 7)

Primero, los doce
Para que estuviesen con Él
La vocación y el llamado
Y les dio autoridad
Embajadores del Reino
El verdadero éxito
La continuidad del Ministerio Apostólico

Capítulo 2. Encontrando nuestro lugar en el cuerpo (Pag. 26)

Dones y ministerios
La autoridad del Ministerio Apostólico
La característica del Ministerio Apostólico
Un lugar para cada uno
¿Es necesaria la cobertura?
Cobertura espiritual y cobertura legal
¿"Libertad" o cobertura ?
Apacienta mis corderos

Capítulo 3. La relación con el ministerio apostólico ¿Piedras de tropiezo, o colaboradores?

Las piedras de tropiezo
Los colaboradores
Entra en el gozo de tu Señor

Capítulo 4. El fracaso del Ministerio Apostólico, y la necesidad de su restauración

La autoridad apostólica
El fracaso del Ministerio Apostólico
La restauración del Ministerio Apostólico
La unidad del Espíritu y la unidad de la fe

Capítulo 5. Requisitos de un apóstol

Fundamento bíblico
Genuina libertad del Espíritu Santo
Amor por la Iglesia local
Profunda vocación misionera
Correcta visión de la unidad de la Iglesia
Disposición para el servicio
Sujeción

Capítulo 6. El Ministerio Apostólico en el marco de los avivamientos

El último gran avivamiento

Capítulo 7. Las señales de un apóstol

Una aclaración preliminar

La primera señal

La segunda señal

La tercera señal

La cuarta señal

La quinta señal

La sexta señal

Concluyendo

Hacia el final

Introducción

El intento de abordar un tema aparentemente tan complejo como es el ministerio apostólico, se plantea a la vez como una empresa delicada, aunque sumamente necesaria para la Iglesia del Señor de estos tiempos.

En rigor de verdad, hoy, cuando la independencia de ministerios y de siervos se ha tornado habitual, y hasta razonable, muchos estarán dispuestos a sacrificar al ordenamiento apostólico en el altar de la tan mencionada, y quizás pocas veces bíblicamente entendida, libertad.

En este diccionario actual se han virtualmente borrado palabras tan antiguas como la creación misma: **obediencia, sujeción, autoridad...** Quizás el problema sea aún mayor, en tanto y en cuanto les damos vigor para aplicarlas a quienes están debajo nuestro, pero las olvidamos casualmente cuando nosotros debemos ser el sujeto, y no el objeto de ellas... Nosotros, sólo reportamos al Señor... y ya es bastante...

La Iglesia podría organizarse de acuerdo con moldes humanos, podría ser monárquica, dictatorial o democrática. Sin embargo, la Iglesia del Señor es otra cosa... hasta el menos avisado debe darse cuenta...

El Señor Jesucristo eligió a doce hombres para depositar en ellos, nunca en uno solo, o en cualquiera, o en todos, una responsabilidad muy especial que sobrellevaron por años, aun después de que Cristo fuera crucificado.

Allí, cuando la Iglesia hacía sus primeros movimientos de recién nacida, allí estaban ellos en sus puestos, predicando el evangelio, fundando iglesias, recorriéndolas, ministrándolas y cuidándolas como a hijas: nunca como a meros departamentos de una empresa, jamás como a filiales de una organización...

Es cierto, no nos engañamos: el mundo ha sido fecundo en personajes carnales y ególatras que se arrojaron injustamente el título de apóstoles. La mayoría de las veces, haciendo estragos a su alrededor, confundiendo a la gente, empujándola a los abismos sin retorno del error.

Algunos usurparon para sí el derecho a obtener una nueva clase de revelación, independiente de la primera y más segura que nos llega desde las Sagradas Escrituras. A la manera de los primeros apóstoles, a alguno de quienes fue confiada la Revelación a través de la misteriosa y eficaz inspiración divina, estos pseudo apóstoles frecuentemente proclamaron la caducidad de la Biblia, queriéndola suplantar por su palabra, palabras humanas, palabras enemigas, que sólo pueden conducir al lugar de donde han salido.

No obstante, aun estos excesos estuvieron previstos en la Palabra de Dios: El ya lo sabía todo, porque conoce el corazón humano a la perfección.

Este anti ejemplo que acabamos de describir es solamente eso: una burda distorsión a la medida del pecado del hombre, de lo que en verdad es algo instituido por Dios para nuestro beneficio, para nuestra bendición, para la edificación del Cuerpo de Cristo.

Si alguno viniera tratando de enseñar algo que no está en las Sagradas Escrituras será nuestro deber resistirlo, refutarlo y apartarnos. Si alguno, en cambio, quisiera exponernos lo que dice la Palabra, sin más, recibámoslo, aunque nuestra razón no quede satisfecha. Nunca lo infinito podrá caber en lo finito: y esto, la garantía de su grandeza frente a nuestra mezquina finitud, nos provee todas las seguridades para esta vida, y para la futura.

El ministerio apóstólico es bíblico, espiritual y vigente: y trataremos de mostrárselo

Capítulo 1

La institución del Ministerio Apostólico

(Basado en una exposición del Pastor Jorge Pradas)

Para adentrarnos correctamente en la exposición del tema que nos ocupa, deberíamos, como primer paso, establecer con justeza el significado de la palabra “apóstol”, en su aspecto general, y particularmente en su sentido bíblico.

“Apóstol” proviene de un sustantivo griego, “apostolos”, cuyo significado es “enviado, emisario”. La idea es la de alguien que es apartado para una tarea determinada, un servicio específico, una acción en concreto. Si bien este es el sentido lato del término, el uso ha determinado la semántica, de modo tal de acotar el sentido, dotándolo de algunas otras peculiaridades: habitualmente se utiliza esta palabra para designar a aquel encargado de propagar una doctrina, una manera de vivir, una ideología, un pensamiento, u otra cosa, pero no de forma impersonal y distante, sino con pasión y amor por la tarea. Se dice, así, del maestro comprometido, que hace un “apostolado” de su profesión. Es que lo hace con ahinco. Lo desarrolla con esmero. Le va la vida en eso.

Este segundo sentido, más estricto, de la palabra “apóstol” le viene como consecuencia, seguramente, de aquellos doce que eligiera el Señor hace un tiempo y que, huelga decirlo, pusieron algo más que la vida en lo que hacían.

Fueron apóstoles porque fueron *elegidos, separados* de entre los demás, y *enviados* para una tarea específica, que les fue propia mientras vivieron, cuyo legado, intentaremos probar, les excedió en los tiempos, conformando un ministerio particular que sobrevivirá hasta que el Señor vuelva a buscar a su Amada.

Apóstoles de ideales humanos hubo, hay, y los seguirá habiendo para siempre, porque la naturaleza moral del hombre ha sido diseñada por Dios, y la aspiración de trascendencia y de ejemplaridad lo acompañará todo el tiempo en este mundo logrando, ínfimamente, que el mismo no se desbarranque. Algunos habrá tan grandes, que merecerán un lugar en los libros de historia...

Pero la Iglesia no es una institución humana, aunque el ser humano tantas veces haya querido manejarla como propia. La Iglesia es una institución divina, es el cuerpo místico del Señor sobre la tierra. Es su amada. Es su esposa. La que Él vendrá a buscar en la encrucijada de los tiempos... Quien es apartado, separado, elegido, enviado para una tarea específica dentro de la Iglesia no es un apóstol cualquiera entre una madeja de líderes carismáticos o mártires humanistas: es un apóstol de Jesucristo. Es un hombre como otro, pero a la vez no lo es. Como los doce. Como los que siguieron a los doce.

¿Qué es, pues, un apóstol de Jesucristo? Al contestar esta pregunta no debemos dirigirnos ni a los libros de historia, ni a la tradición, ni a la psicología para que nos dicte el perfil adecuado. Tenemos a mano la *palabra profética más segura*, esto es, el único parámetro al que podemos acudir como voz unívoca de Dios: la Biblia, las Sagradas Escrituras, su Palabra.

En aquello en que haya duda, en todo lo que no sea claro, la Biblia siempre será árbitro infalible, juez inapelable. Tal vez, en cuestiones medulares y en las que no lo son tanto, haríamos bien en ser eco de lo que los reformadores de antaño proclamaron atrayendo a sí mismos toda clase de persecuciones: **sola scriptura**, decían, y con ella consiguieron un increíble avivamiento que durará por siglos.

PRIMERO, LOS DOCE...

“En aquellos días él fue al monte a orar, y pasó la noche orando a Dios.

Y cuando era de día, llamó a sus discípulos, y escogió a doce de ellos, a los cuales también llamó apóstoles.” (Evangelio de Lucas Cap. 6, vers. 12 y 13)

El Señor Jesucristo mismo, en persona, llamó por la mañana a sus discípulos. Es decir que convocó a aquellos que le seguían en calidad de alumnos, de aprendices. Llamó a todos los que estaban cerca de él, porque querían aprender de él. A veces eran multitudes, otras sólo manadas pequeñas. No sabemos cuántos eran en esta ocasión, pero de entre ellos eligió sólo a doce, a quienes apartó para una magna tarea, y además, los llamó apóstoles. Eran discípulos, porque aprendían de su maestro, pero desde ahora serían además apóstoles: gente escogida para un determinado servicio, varones elegidos para un ministerio especial: servicio eclesiástico, ministerio en la Iglesia que habría de venir.

Lo primero que llama la atención es el relato de los momentos previos a este llamado. El Señor Jesucristo se apartó él mismo al lugar de la cercanía con Dios, su Padre, al monte, a orar. Qué detalle tan curioso de la sabiduría divina, que ante una decisión trascendental como la que estaba por adoptarse, el Señor tuviera que tomarse un tiempo para estar con el Padre, orando, y mucho más curioso aún, que ese tiempo se extendiera por toda la noche.

No fue la suya una resolución apresurada, como pudiera ser cualquiera de las nuestras. Veló toda la noche, y recién después eligió sus apóstoles. La elección no fue a tientas, ni tomó a los primeros que fueron llegando. Este fue un asunto muy serio y lo fue tanto como para que pasara Jesús la noche entera orando...

Tan sólo este pormenor debería hacernos reflexionar acerca de la importancia del acontecimiento, que iba a marcar el futuro de todos los seguidores del Señor de entonces, pero también de los discípulos de hoy en día.

No es apóstol del Señor quien lo desea, aunque ya veremos que es bueno anhelar esta clase de servicio, sino que es apóstol quien hubiera sido señalado por Dios para ello. Por otra parte, y he aquí otro gran misterio, esta designación es realizada por Jesús, segunda persona de la Trinidad divina, omnisapiente, que todo lo había previsto ya en el decreto de predestinación, y sin embargo, se toma toda una noche de comunión con el Padre, en mansa oración, antes de convocar a sus doce...

¿Cómo poder intentar que estas verdades tan trascendentes quepan en nuestra mente finita? Nuestro raciocinio se detendrá todas las veces impotente frente al abismo de la contradicción. La fe será siempre la única, a través del Espíritu Santo, que nos permitirá conciliar lo que en apariencia es contrario a la razón. Su mente es infinitamente más grande y sabia que la nuestra. Sus caminos, siempre estarán más arriba que los nuestros...

Así fue que también eligió a Judas... Después de orar toda la noche... ¡Haberse equivocado tanto! Sin embargo, también a él lo escogió: a un ladrón, para tesorero... Lo escogió para que lo traicionara. Lo llamó, para que se cumpliesen las Escrituras. Él era el hijo de perdicción del que hablaba la Palabra. Y ningún otro se perdió, excepto el que ya había sido elegido para ello. (Evangelio de Juan 17:12).

Es imposible pensar que el Señor Jesucristo se hubiese equivocado, ni tan siquiera sólo descuidado. Él lo sabía todo, lo tenía todo bajo control y parecería querer enseñarnos que puede haber apóstoles buenos, regulares, o malos. Tan malos como Judas. Pero aun si hubiera de los tales, con su maldad, su ineficacia, o su pésimo testimonio, en manera alguna invalidarían al conjunto del ministerio apostólico: la defección de Judas no ocasionó el fracaso de sus compañeros, ni siquiera su descrédito. La obra cobró fuerza con los once, más tarde doce otra vez, y luego con todos los que siguieron.

Jesús lo llamó también a Judas, y le puso por nombre apóstol, aunque él no mereciera llamarse así. Aunque su conducta hubiese sido exactamente al contrario de la que se esperaba.

El hecho evidente de la existencia de algunos que, llamándose apóstoles, parecieran no comprender qué es ser apóstol de Jesucristo, no hace sino confirmar la regla que dice que el ministerio apostólico permanece vigente aún a pesar de ellos, que desempeñan o desempeñaron su rol a la manera de Judas.

Pues bien, llegamos al punto solemne, soberanamente serio y majestuoso, en que el Señor luego de permanecer en oración elige a los suyos, incluyendo a quien lo traicionaría. Estos hombres podrían haberse negado al llamado, haciendo uso de su voluntad libre, del libre albedrío con que Dios creara al primer hombre en los albores de la raza humana. Aunque, creemos, nada hubiera podido detener los planes que el Señor había trazado para cada uno de ellos: o con su consentimiento, o a pesar de ellos, la divina voluntad se habría cumplido, de acuerdo con la soberana predestinación.

No obstante, el Evangelio de Marcos nos aclara este punto: **“Después subió al monte, y llamó a sí a los que él quiso; y vinieron a él.” (Cap.3, vers. 13)**

Esto quiere decir que la respuesta a la elección fue afirmativa: los que habían sido elegidos no fueron forzados, mucho menos obligados. No se les mandó, ni se los convocó con insistencia. El Señor no intentó atraerlos, ni les hizo ninguna suerte de ofrecimientos. Tan sólo los llamó. Y ellos acudieron. Cristo juntó a los que Él quiso, a los que ya tenía predeterminados desde antes de la fundación del mundo y esta fue la respuesta.

PARA QUE ESTUVIESEN CON ÉL ...

Las doce personas que el Señor había convocado habrían de estar con Él los próximos tres años. Porque para esto también los había llamado: para que estuviesen con Él.

Es verdad que el versículo 14 nos explica que la voluntad del Señor era enviarlos a predicar. Pero no es menos cierto que la primera proposición de finalidad, una vez que los hubo establecido, dice: *“...para que estuviesen con él”*: **“Y estableció a doce, para que estuviesen con él, y para enviarlos a predicar.” (Marcos 3:14)** No podríamos instituir un orden de importancia entre estos dos objetivos del Señor, estar con él y enviarlos a predicar, como si alguno de ambos pudiera subsistir sin el otro. Más bien hallamos en esta declaración un orden temporal de los acontecimientos: primero, primordial, insoslayable, estar con Jesús. Segundo, siempre después de lo otro y casi como su consecuencia, enviarlos a predicar.

Porque ser apóstol es una cosa muy seria, un oficio muy delicado. Es que sin preparación no hay predicación, o por lo menos no hay comunicación del mensaje de Dios. Podrá haber palabras, muchas o pocas, buenas o malas, pero tal vez no Palabra de Dios.

Es verdad que no será condición *sine qua non* tener diplomas en teología o haber aprobado el seminario, aunque haríamos bien en tener todo esto... Mas hay otro tipo de preparación que nunca podrá pasarse por alto: es el tiempo de estar con el Maestro, de aprender directamente de Él pasando momentos a sus pies, conociéndolo de cerca, transitando sus veredas, oyéndole, hablándole, permitiéndole que obre en nuestra vida como quiera... Los apóstoles fueron llamados, pero primero para estar con Él y después para salir a predicar.

Hablar del Señor, dar testimonio, contar experiencias, todos podemos. Predicar en el nivel apostólico, sólo unos pocos, los que hayan sido llamados, los que primero hayan estado con Jesús un buen período.

En el Evangelio de Marcos 5:120 tenemos el relato muy conocido del endemoniado gadareno, un hombre con un espíritu inmundo que nadie podía liberar. Luego de tener un encuentro con el Maestro recupera su juicio cabal, y ocurre lo siguiente: **“Al entrar él en la barca, el que había estado endemoniado le rogaba que le dejase estar con él.”**

Mas Jesús no se lo permitió, sino que le dijo: Vete a tu casa, a los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho contigo, y cómo ha tenido misericordia de ti.” (v. 18 y 19)

Es que anunciar lo que Dios ha hecho con nosotros, proclamar que antes estábamos perdidos y ahora somos salvos, está bien: siempre lo podemos hacer. Pero predicar el Evangelio es otra cosa: es decir que el Reino de los cielos se ha acercado. ¿Cómo podríamos hacer esto si previamente este Reino no se acercó a nosotros?

La necesidad de estar con Jesús es imperativa. No puede ni debe cambiarse con nada. Debemos estar con Él, comunicarnos con Él, permanecer a sus pies, y aun si pudiéramos, recostar nuestra cabeza sobre su pecho el mayor tiempo posible.

Es indispensable la experiencia de conocer al Señor como nuestro salvador, nuestro dueño, nuestro amo, nuestro amigo, nuestro rey, nuestro maestro, nuestro amado... Dar testimonio, sí, siempre. Predicar el Evangelio: sólo después de estar con el Señor.

El lector podrá argumentar que no se encuentra en sus planes la posibilidad de ser apóstol, aunque probablemente se considere sin problemas un discípulo. Si esto es así, cabe preguntar, ¿Estaría en las previsiones de Pedro, de Jacobo, de Juan? Seguramente nunca habrían pensado en el apostolado, aunque Dios sí haya tenido planes con ellos. Llegado el momento adecuado, el Señor los llamó, y aunque no lo habían pensado antes, contestaron en consecuencia.

Los planes de Dios para las vidas sólo Él los conoce, y exige de los suyos disposición, preparación y aceptación sumisa de su voluntad. Puede ser el caso que nunca el Señor nos llame a ser apóstoles, sin embargo, y mientras tanto, sería desde todo punto de vista saludable permanecer al lado del Señor todo el tiempo, porque aunque Él nunca quisiera convocarnos, igualmente este habría sido el mejor lugar que hubiéramos podido escoger. Al fin de cuentas: ¿Dónde estaba Samuel, desde pequeño, cuando Jehová lo llama? “Heme aquí” fue su respuesta: **“Heme aquí”** deberá también ser la nuestra.

LA VOCACIÓN Y EL LLAMADO...

“Palabra fiel: Si alguno anhela obispado, buena obra desea” (1ª Timoteo 3:1) Las Sagradas Escrituras nos animan a desear más en el camino del Señor, y a anhelar el servicio más alto al que podamos acceder. Conformarse con ser solamente un creyente, malo o bueno, no parece ser lo que se desprende de una lectura cuidadosa de la Biblia. Es verdad que hay muchos sentimientos espurios que pueden entremezclarse con aspiraciones espirituales: muchos hay, por estos caminos del Señor, gobernados por intereses egoístas, egocéntricos y carnales, con ambiciones de poder que no tienen nada que ver con aquél que no vino para ser servido, sino para servir. Ellos son los que quieren llegar a cualquier precio, atropellando, empujando y pisando todo a su paso. Conocemos a unos cuantos de los tales en las iglesias.

Sin embargo, podemos dormir tranquilos, el fuego probará sus obras y sus vidas, y mucho de lo que han logrado se quemará irremediabilmente.

Revisar nuestras intenciones, nuestros sentimientos, nuestras motivaciones, permitiendo que la obra del Espíritu Santo se realice en nosotros, hará que los verdaderos móviles se acomoden adecuadamente: la gloria de Dios será lo fundamental, y el amor a Él y a Su obra por sobre cualquier otra cosa motorizará nuestras acciones.

Si en el nivel de nuestro corazón anhelamos obispado, buena cosa deseamos si lo hacemos espiritualmente. Si amamos al Señor, desearemos servirle, y si queremos servirle, querremos un ministerio. Porque el ministerio es servicio, y éste, y sólo éste, es el verdadero sentido literal de la palabra latina de la cual proviene.

Siempre el llamado provendrá del Señor, de quien será la iniciativa y todas las prerrogativas sobre nuestra vida. A nosotros corresponde el deseo, la disposición y la respuesta: **“Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo.” (Efesios 4: 11 y 12)**

¿Desea servir al Señor? Anhele un ministerio con el cual glorificar el santo nombre de nuestro Señor Jesucristo, o anhélelos todos.

Los hijos de Dios debemos querer llegar a ser como uno que fue apóstol, profeta, evangelista, pastor y maestro: el unigénito del Padre, Jesucristo mismo, quien no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, entregándose por entero por amor a nosotros.

Y LES DIO AUTORIDAD...

Se puede avanzar todavía más en el terreno de las finalidades del llamado al apostolado: **“Entonces, llamando a sus doce discípulos, les dio autoridad sobre los espíritus inmundos, para que los echasen fuera, y para sanar toda enfermedad y toda dolencia.” (Evangelio de Mateo 10:1)**

El Señor Jesucristo escogió a doce hombres, para que estuviesen con él, y para enviarlos a predicar. En apariencia, su voluntad no era mandarlos a hablar solamente, sino también a hacer manifiestas las obras poderosas del Señor en este mundo, dándoles autoridad para que expongan, además de la salvación eterna, y como accesorio, la salvación temporal. El apóstol de Jesucristo recibe potestad sobre las enfermedades, las dolencias, los espíritus inmundos y aun la propia muerte.

Y todavía más: **“A estos doce envió Jesús, y les dio instrucciones, diciendo: Por camino de gentiles no vayáis, y en ciudad de samaritanos no entréis, sino id antes a las ovejas perdidas de la casa de Israel.” (Mateo 10:5 y 6)**

“El respondiendo, dijo: No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel.” (Mateo 15:24)

“Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra.” (Hechos de los apóstoles 1:8)

Se nos plantea aquí una aparente contradicción en los mandatos del Señor a sus discípulos: primero les recomienda que no vayan por caminos de gentiles, después los exhorta a llegar hasta lo último de la tierra. ¿Por qué habría cambiado de planes? Evidentemente no porque antes estos pueblos no le interesaran, puesto que demostró cabalmente su amor por todos sin distinción: a la mujer cananea le elogió su fe (**“Entonces respondiendo Jesús, dijo: Oh mujer, grande es tu fe; hágase contigo como quieres. Y su hija quedó sana desde aquel momento.” (Mateo 14:28)**) Del centurión se admiró: **“(…) De cierto os digo que ni aun en Israel he hallado tanta fe.” (Mateo 8:10)**

Dios tenía planes de amor y salvación para el mundo gentil, pero obviamente sus emisarios no estaban debidamente preparados todavía para tan excelsa tarea. Tenían el sello del Espíritu Santo, pero les faltaba además otras dos experiencias vitales con la tercera persona de la Trinidad divina: el soplo del Espíritu Santo y el bautismo del Espíritu Santo.

Cuando conocieron a Jesucristo, fueron sellados: **“En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa.” (Efesios 1:13)**

Todavía el Señor no había sido crucificado, y la obra mayor de todos los tiempos no había sido consumada. Cuando esto ocurre, y el Señor entrega su vida en expiación, luego se les aparece a los suyos que estaban encerrados, tal vez hasta un poco descorazonados, esperando los acontecimientos. En ese momento ratifica su voluntad de enviarlos y les dice: **“(…) Paz a vosotros. Como me envió el Padre, así también yo os envío.**

Y habiendo dicho esto, sopló y les dijo: Recibid el Espíritu Santo.” (San Juan 20:21-22)

Después de un tiempo de estos sucesos, les promete todavía más: **“Porque Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días.” (Hechos 1:5)**

El Señor Jesucristo tenía toda la autoridad, y podría haber hecho la obra en un abrir y cerrar de ojos, prescindiendo de los hombres, sus discípulos, sus apóstoles. Sin embargo, Él quiso hacerla a través de ellos, aunque necesitaran estar preparados. Habían sido sellados, y ahora habrían de recibir el soplo y serían bautizados.

Es absolutamente cierto que el Espíritu Santo no se da por medida (Juan 3: 34), aunque no es menos cierto que hallamos en las Sagradas Escrituras una suerte de tres pasos consecutivos en la recepción de la tercera persona de la Trinidad.

Jesús, en su eterna sabiduría, conocía el corazón de aquel puñado de hombres, y sabía que no podía darles todo de golpe. Tal vez se envanecieran, quizás crecería su orgullo, pudiera ser que se atribuyeran a sí mismos los logros de la obra... Acaso ni siquiera habrían podido continuar con tanta responsabilidad.

El ministerio apostólico no es para arrollarlo todo, ni es para salir atropellando de tanto fuego que se tiene: los “superhombres” son sólo seres de ficción, y es exclusivamente allí donde deberían quedarse.

El apostolado es un camino, parejo, firme, que empieza con el primer paso y sigue con el segundo, y luego el tercero, y así sucesivamente hasta que el Señor quiera.

El engañoso corazón humano está siempre propenso a dejarse dominar por motivaciones carnales, y el éxito fácil y arrollador podría haber tenido un efecto devastador en la vida y el ministerio de los apóstoles. El Señor lo sabía, y les recomendó ir despacio. Al fin y al cabo, el éxito en la vida de un siervo de Dios no se mide con parámetros humanos. El éxito reside en estar en su voluntad, aunque nunca salgamos de una pequeña aldea.

Las cosas en el Señor siempre van de menor a mayor, y nunca a la inversa. Lo único que es recomendable que decrezca es nuestro yo, para que El se agigante. Después de todo, el cielo está lleno de estrellas fugaces, y no solamente no nos alumbran, sino que además la mayoría de las veces caen sin que siquiera las hayamos visto...

EMBAJADORES DEL REINO...

Siguiendo con las recomendaciones que efectuara el Señor a sus doce escogidos, podemos leer en Mateo 10:7:

“Y yendo, predicad, diciendo: El reino de los cielos se ha acercado.”

Aquellos que en adelante habrían de presentar al Reino de los Cielos mediante su predicación, podrían exponerse a que alguno no comprendiera bien el mensaje y les preguntara con razón: “*¿Dónde está, que no lo veo?*”, o, “*¿Cómo sé que se ha acercado?*”, quizás, más atrevido, “*Pruébame lo que dices...*”. Es que el Reino de los Cielos no consiste en palabras, y muchísimo menos, en huecas palabrerías. La predicación del Evangelio, pues, nunca será “*bla, bla, bla*”. Quien quiera presentarse con autoridad para proclamar que el Reino de Dios está cerca deberá mostrarlo con su propia vida, de modo tal que todos puedan ver este Reino viéndolo a él.

El ministerio apostólico no es dar cuenta de los conocimientos teológicos o de la erudición bíblica, aunque, ¿hasta dónde podríamos llegar sin ellos? El ministerio apostólico es predicar con la palabra contundente de las Sagradas Escrituras, y al mismo tiempo respaldando esa palabra con la vida, que sea leída por los demás como un libro abierto, sin dobleces ni cosas escondidas. Que el Reino de los cielos se acerque cuando un apóstol se acerca, porque en su vida

se respira el Reino, en su carácter se vislumbra el Reino, en su conducta se atisba el Reino... Porque es, en fin, buen embajador del Reino que representa.

En el versículo siguiente, afirma:

“Sanad enfermos, limpiad leprosos, resucitad muertos, echad fuera demonios; de gracia recibisteis, dad de gracia.

No os proveáis de oro, ni plata, ni cobre en vuestros cintos; ni de alforja para el camino, ni de dos túnicas, ni de calzado, ni de bordón; porque el obrero es digno de su alimento.” (Mateo 10:8-10)

Este es un punto bastante irritante en lo referente al ministerio apostólico, porque habla no solamente de las obligaciones que tiene el apóstol, sino también de lo que debe esperar como retribución.

Las tareas que les fueron encomendadas son realmente importantes, si las vemos desde el punto de vista humano. ¿Quién no quisiera realizar semejantes portentos? Sin embargo, como contrapartida, no puede, ni debe, esperarse nada a cambio. Si nunca merecimos recibir lo que hemos recibido, si nunca hemos pagado, ni hubiéramos podido pagar con nada lo que nos fue dado: ¿Cómo poder pretender que alguien nos retribuya lo que nosotros a la vez estamos ofreciendo? Si de regalo hemos recibido, ¡Regalemos a manos llenas, sin mezquindades, sin egoísmos! El apóstol no puede ser nunca como aquel siervo malvado al que habiéndole perdonado su deuda, luego les reclamaba impiadosamente a sus deudores. El apóstol ha recibido gratuitamente: sin precio deberá dar también todo lo que tiene.

“A todos los sedientos: Venid a las aguas; y los que no tienen dinero, venid, comprad y comed. Venid, comprad sin dinero y sin precio, vino y leche.” (Isaías 55:1) Vino, que es la sangre de Jesús que nos limpia, leche, que es la Palabra del Señor que nos alimenta. Sin precio, porque no hay precio suficiente para pagar semejante dádiva que nos fuera otorgada...

El servicio apostólico es un servicio gratuito: ¿En qué se fundamentan algunos para exigir un pago determinado, sin el cual no se realizan las tareas? De gracia recibimos, de gracia debemos dar.

Hay uno, nuestro Padre celestial, que cuida los lirios del campo, las aves del cielo o la simple hierba... El cuidará de sus apóstoles en todas sus necesidades. Pero, cuidado: Dios lo utilizará a usted, que está leyendo, y a mí que estoy escribiendo, para proveer a sus siervos de lo que les es necesario. El podría hacerlo de otro modo, soberanamente, milagrosamente, sin nuestra intervención. No obstante, le ha placido hacerlo *a través* de sus hijos, mediante su buena disposición.

Procuremos delante del Señor tener un corazón generoso, que da con liberalidad, sin egoísmos ni mezquindades, y Dios mismo, que no debe a nadie nada, nos recompensará sobradamente: cuanto más ofrezcamos, más tendremos. Con toda seguridad.

Es toda verdad que el Señor proveerá para los suyos. Pero esta es la parte que le toca a Dios, y Él ya sabe lo que tiene que hacer sin necesidad de que se

lo recordemos con insistencia. La porción que nos queda a nosotros es la de dar, la de suplir, la de sustentar, la de permitir que el Señor nos use a través de nuestros bienes. Nuestro Dios es fiel: téngalo por seguro.

EL VERDADERO ÉXITO...

Siguiendo con la descripción de las características del ministerio apostólico, llegamos a un punto muy actual, y a la vez muy controvertido: cualquiera puede constatar que éste es un tiempo muy fértil en ministerios “estrellas”, hombres y mujeres famosos, que frecuentan las pantallas y los titulares de los diarios, exitosos, siempre alegres, bien vestidos y adornados.

Sería tal vez muy extenso ahondar en la profundidad que se esconde detrás de estos comportamientos, por lo que solamente diremos que se apoyan en una gran mezcla de doctrinas que no provienen exactamente de las Sagradas Escrituras: la confesión positiva, la vida de éxito basada en una especial disposición mental, y cosas semejantes a éstas, entroncan más de cerca con corrientes de la Nueva Era y de filosofías orientales, que deberían colocarse, siempre, en la vereda de enfrente de la Palabra de Dios.

Pues bien, en este tiempo de siervos prósperos, con atuendos caros, oros a granel y autos lujosos estacionados a las puertas de mansiones hollywoodenses, la Biblia nos golpea en el rostro con su verdad absoluta, que no pasa de moda y permanece incólume a través de todas las épocas:

“He aquí, yo os envío como a ovejas en medio de lobos; sed, pues, prudentes como serpientes, y sencillos como palomas.

Y guardaos de los hombres, porque os entregarán a los concilios, y en sus sinagogas os azotarán; y aun ante gobernadores y reyes seréis llevados por causa de mí, para testimonio a ellos y a los gentiles.

Mas cuando os entreguen, no os preocupéis por cómo o qué hablaréis; porque en aquella hora os será dado lo que habéis de hablar.

Porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros.

El hermano entregará a la muerte al hermano, y el padre al hijo; y los hijos se levantarán contra los padres, y los harán morir.

Y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre; mas el que persevere hasta el fin, éste será salvo.

Cuando os persigan en esta ciudad, huid a otra; porque de cierto os digo, que no acabaréis de recorrer todas las ciudades de Israel, antes que venga el Hijo del Hombre.

El discípulo no es más que su maestro, ni el siervo más que su señor.

Bástale al discípulo ser como su maestro, y al siervo como su señor. Si al padre de familia llamaron Beelzebú, ¿Cuánto más a los de su casa?” (Evangelio de Mateo 10:16-25).

El triunfalismo no es, y nunca será, una victoria sana: satisface el ego, abona nuestro orgullo, pero no proviene de Dios, sino más bien de la carne. Si nos persiguen, si debemos huir, si nos abofetean, si pasamos penalidades, si nos aborrecen y maltratan... ¡Que suenen las trompetas ! ¡Estamos triunfando!

Es que nuestras victorias no son a la manera del mundo. El mundo tiene sus propios afanes, y va por sus caminos, y tendrá su fin. Los hijos de Dios no somos del mundo, ni deberíamos vivir como el mundo, ni esperar obtener las victorias del mundo. El mundo, con sus pasiones y deseos es, para nosotros, lo absolutamente otro. Lo diametralmente opuesto.

La institución del ministerio apostólico es para poner el rostro como un pedernal y desear, como deseaba Pablo, ser semejante a Cristo en su muerte. Todos queremos ser como el Señor cuando hacía milagros y la multitud lo seguía... pocos queremos quedarnos a la hora oscura del Calvario y el dolor...

El verdadero triunfo, espiritual, bíblico y cristiano, se halla en el versículo 32 del mismo capítulo:

“A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos.”

Esta es la verdadera victoria, este es el verdadero triunfo: que en todo lo que haga, y en todo lo que diga, y en todo lo que piense, esté confesando el señorío de Cristo. No importa absolutamente si nadie me conoce en esta tierra: Cristo sabe mi nombre, y ha prometido confesarlo delante del Padre de los cielos. ¿Hay algo mayor?

LA CONTINUIDAD DEL MINISTERIO APOSTÓLICO

Después de haber transitado el tema hasta aquí, es necesario detenernos a tratar separadamente el punto, en virtud de su importancia para la Iglesia del Señor de nuestros tiempos.

Hablar de la institución del ministerio apostólico como algo que se remite exclusivamente al pasado, a los tiempos del Señor, no abre demasiadas controversias. La cuestión medular a despejar se encuentra en la continuidad de dicho ministerio en el tiempo, o su cesación a la muerte del último de los doce.

La concepción de lo que es la Iglesia variará si creemos lo uno o lo otro, como así también la idea que podamos hacernos acerca del gobierno de la misma, tal cual se entendía en los tiempos bíblicos. Como no lo fue antes, tampoco ahora es un tema menor en la dialéctica eclesiástica, y si queremos ser ajustados a la letra y el espíritu de la Palabra de Dios, deberemos formarnos opinión al respecto, indagando en sus páginas cuál sea la verdad.

Por otra parte, esta discusión se enmarcaría en el tema aún más general de la dirección eclesial, con sus variantes (Epicopial, Congregacional y Presbiteral), y las variantes de las variantes, de acuerdo con el gusto, la idiosincrasia o los caprichos de los beneficiarios.

No se trata aquí de ver cuál es el sistema más humano, más democrático o más razonable. El punto es establecer cuál sea el modelo bíblico, y una vez hallado, no apartarse ni un ápice de él.

Asentar acabadamente la permanencia o no del apostolado bíblico en la actualidad, nos permitirá adherir sin dudar a alguno de los tres modelos citados más arriba. Si creemos, pues, en la vigencia del ministerio, no tendremos inconvenientes en concebir al gobierno presbiteral como el más adecuado a las normas que instituyera el Señor en su Santa Palabra: esto es, las iglesias locales aglutinadas bajo un ministerio apostólico, cuyos miembros se sujetan, bíblicamente, los unos a los otros y al Señor, formando un presbiterio.

El Señor Jesucristo eligió a una docena de hombres, entre los cuales también se hallaba Judas, el traidor. Al cumplirse los tiempos, Judas entrega a Cristo, y luego se mata... Su lugar entre los apóstoles queda vacante: después de haberles lavado los pies, cuando ya estaban a la mesa, el Señor anuncia la inminente traición, y Judas, aludido, se escapa lejos de la presencia que no puede resistir... Ya era de noche, su noche, la noche interminable del pecado...

Mientras tanto, quedaban once a la mesa con el Mesías, y a ellos les habla como a un solo cuerpo: que se amen, que Pedro le negaría, que Jesús era el único camino al Padre, que vendría el Paracleto, que ya nunca estarían solos, que Él pondría su vida, que sin Él nada podríamos hacer, que las lágrimas serían alegría, que Cristo ya había vencido al mundo... (Evangelio de Juan Caps. 13,14, 15, 16, 17)

Los apóstoles permanecieron así hasta después de la muerte de su Señor y de la resurrección. Estaban juntos, esperando la promesa que el propio Jesús les había hecho en esos cuarenta días en que se les apareció con muchas “pruebas indubitables”, para hablarles acerca del Reino. (Hechos de los Apóstoles 1:15).

Mientras estaban en esta expectativa, y habiendo ya ascendido el Señor, los apóstoles creyeron necesario elegir un sucesor de quien había defeccionado. Es así que echan suertes, y más allá de la conveniencia o no de haberlo hecho, o de su biblicidad, escogen a quien continuaría con ellos:

“Es necesario, pues, que de estos hombres que han estado juntos con nosotros todo el tiempo que el Señor Jesús entraba y salía entre nosotros, comenzando desde el bautismo de Juan hasta el día en que de entre nosotros fue recibido arriba, uno sea hecho testigo con nosotros, de su resurrección.” (Hechos 1:21-22)

Señalan a José, llamado Barsabás, y a Justo, llamado Matías, encargándole el asunto al Señor... **“Y les echaron suertes, y la suerte cayó sobre Matías; y fue contado con los once apóstoles” (Hechos 1:26).**

Matías, pues, y no Pablo como pretenden algunos, es el apóstol número doce, que viene a completar la nómina que realizara el Señor Jesucristo. De ellos mismos habla el libro de Apocalipsis capítulo 21, versículo 14: **“Y el muro**

de la ciudad tenía doce cimientos, y sobre ellos los doce nombres de los doce apóstoles del cordero.”

Es verdad que ellos tuvieron, tienen, y tendrán aún un lugar de privilegio. Son los que le vieron cara a cara, porque habitó entre ellos...”**Y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad” (S.Juan 1:14)** Nada ni nadie podrá cambiar esta situación de gloria indescriptible, de haber sido los primeros, de haber estado junto al maestro, de haber vivido paso a paso con el Verbo hecho carne. Sin embargo, esta verdad incontrastable no invalida el hecho, comprobable escrituralmente, de que el ministerio apostólico no caducó, aunque hayan cambiado los tiempos y las sazones.

¿Qué podríamos, entonces, decir del apóstol Pablo? El es el apóstol número trece, quien inaugura la nueva etapa en el ministerio, la cual continúa hasta el día de hoy.

Es cierto que no había visto al Señor como lo habían visto los doce... en aquellos tiempos él andaba por sendas opuestas, dando coces contra el aguijón... Pero lo vio camino a Damasco... No vio su rostro, pero vio su luz de modo tal de quedar ciego... No le vio hablar siendo el verbo encarnado... más oyó su incomparable voz en el camino, directo al corazón, rompiéndolo en mil pedazos...

No estaba entre los doce, y tal vez esto le acarreará algunos problemas con las iglesias que no querían reconocerlo: pero él, antes Saulo de Tarso, ahora Pablo, de Jesucristo, sabía bien quién era, a qué había sido llamado, y por quién había sido separado para el ministerio...

“Pablo, siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol, apartado para el Evangelio de Dios” (Romanos 1:1)

“Pablo, llamado a ser apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios, y el hermano Sóstenes.” (1ª Corintios 1:1)

“Pablo, apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios, y el hermano Timoteo (...)” (2ª Corintios 1:1)

Pablo, apóstol (no de hombres ni por hombre, sino por Jesucristo y por Dios el Padre que lo resucitó de los muertos).” (Gálatas 1:1)

“Pablo, apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios (...)” (Efesios 1:1, Colosenses 1:1 y 2ª Timoteo 1:1)

“Pablo, apóstol de Jesucristo por mandato de Dios nuestro Salvador, y del Señor Jesucristo nuestra esperanza.” (1ª Timoteo 1:1)

“Pablo, siervo de Dios y apóstol de Jesucristo, conforme a la fe de los escogidos de Dios y el conocimiento de la verdad que es según la piedad.” (Tito 1:1)

Algunos habrá que, queriendo hacerle decir a la Biblia lo que no dice, afirmarán que el apóstol Pablo suplantó a Matías en algún momento de su

carrera... Y tal vez así ocurra con las carreras políticas o las luchas de poder de alguna especie: pero absolutamente *no* ocurrió así con Pablo. No lo dice la Biblia, y esto es suficiente para nosotros.

A través de todas sus epístolas, el apóstol Pablo defiende su ministerio ante las iglesias sobre las que él tenía autoridad, afirmando y reafirmando que su ministerio le venía por voluntad de Dios y no por la suya propia, y podemos leer entre líneas que en ocasiones esa misma autoridad era desafiada, puesta a prueba o llanamente desconocida, como en 1ª Corintios 4:9-21. Al fin de cuentas, esto quedó registrado para que siempre tuviéramos memoria, a través de los tiempos, de la dureza de nuestro corazón humano, y de nuestra tendencia consuetudinaria a la rebeldía. No obstante, allí estaba el apóstol, como un padre paciente recordándoles su amor en el Señor: **“Porque aunque tengáis diez mil ayos en Cristo, no tendréis muchos padres; pues en Cristo Jesús yo os engendré por medio del Evangelio.” (1ª Corintios 4:15)**

El hombre siempre quiere hacer lo que le parece, desde el principio, cuando se paseaba inocente por el huerto. Pero Dios previó para su Iglesia, la que Él vendrá a buscar, un orden de cosas totalmente diferente, aunque nos resistamos y hagamos hablar a Pablo muchas veces con estas palabras.

Es cierto que el apóstol Pablo no tenía más alto concepto de sí que el que debía tener, y seguramente no olvidaba las épocas cuando perseguía a la Iglesia del Señor, con lo cual reafirmaba a cada paso su absoluto inmerecimiento del ministerio con que Dios lo había honrado: **“Y al último de todos, como a un abortivo, me apareció a mí.” (El Señor resucitado) “Porque yo soy el más pequeño de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la Iglesia.” (1ª Corintios 15:8 y 9).**

No lo merecía... pero lo era. ¿Misterio de la soberana elección de Dios? Exactamente. De pura gracia, como todo lo que proviene de Él.

Si el argumento de Pablo no nos alcanzara para encontrar en él al primer apóstol posterior a los doce primitivos, a las primicias de un ministerio que fue instaurado por Cristo para su funcionamiento en todas las edades, trataremos de examinar en las Sagradas Escrituras por ver si tal vez hallamos a algunos otros hombres de Dios que hayan compartido este trabajo.

“Salud a Andrónico y a Junias, mis parientes y mis compañeros de prisiones, los cuales son muy estimados entre los apóstoles, y que también fueron antes de mí en Cristo.” (Romanos 16:7)

Estaban entre los apóstoles, y eran muy estimados entre ellos. “Insignes”, dice otra versión, esto significa que eran muy conocidos, que eran “prominentes” entre los apóstoles.

“Pablo, Silvano y Timoteo, a la iglesia de los Tesalonicenses, en Dios Padre y en el Señor Jesucristo (...).

(...) ni buscamos gloria de los hombres; ni de vosotros, ni de otros, aunque podíamos seros carga como apóstoles de Cristo” (1ª Tesalonicenses 1: 1 y 6)

¿Quiénes podían ser carga, como apóstoles que eran? Pablo, Silvano y Timoteo. Ellos eran la nueva generación de un ministerio que continuaba en el tiempo, que debería perdurar en las edades.

Ya lo dijimos:

“Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo.” (Efesios 4:11-13)

La pregunta clave a contestar ahora sería: ¿Ha cesado el ministerio profético?; ¿Ha terminado el ministerio evangelístico?; ¿Acabó ya el ministerio pastoral y su magisterio? Si creemos que ellos eran para otro tiempo, tendremos que revisar también seriamente qué estamos haciendo actualmente en las diferentes iglesias. Deberíamos poner en tela de juicio muchas más cosas de las que superficialmente creemos.

Si, por el contrario, adherimos a la verdad indubitable de que estos ministerios siguen funcionando en la iglesia de hoy, y por mandato divino, ¿En qué nos sostenemos para hacer cesar a uno, el apostólico, y no a los otros? ¿Podría ser que el Señor haya cambiado de planes a último momento, pero haya olvidado hacérselo saber...?

El mismo los constituyó, y con una finalidad claramente especificada en el versículo trece. ¿Hasta cuándo?, es la cuestión: hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios. ¿Hemos llegado ya? Absolutamente no, ni siquiera en este punto... Si el propósito aún no ha hallado cumplimiento, tampoco podemos creer que Dios haya suprimido los medios que Él mismo constituyó para lograrlo.

A la luz penetrante de las Sagradas Escrituras, el ministerio apostólico fue un ministerio para ayer, lo es para hoy, y seguirá su vigencia en el mañana, aunque verdaderamente no esté funcionando en la actualidad como debería.

Para probar su veracidad no necesitamos corroborar su vigencia en las iglesias de hoy en día: sólo necesitamos hallarlo en las Sagradas Escrituras, y que ellas, sólo ellas, nos hablen de su actualidad.

Cuestiones humanas y razonamientos muy prolijos pero naturales al fin, pueden haber contribuido al mal uso, o al desuso, de un ministerio establecido por Dios para que perdurara. Sin embargo, este puede ser un buen momento para regresar al camino que tan sabiamente Cristo nos había trazado. Porque la Iglesia que Él vendrá a buscar, nunca será la mejor que le podamos ofrecer, sino la que Él dibujó en sus planes divinos, la que Él quiera recibir:

“... a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha.” (Efesios 5:27)

...Y usted y yo, somos parte de ella.

Pastor Jorge Pradas (Versión literaria: Eliana Gilmartin)

Capítulo 2

ENCONTRANDO NUESTRO LUGAR EN EL CUERPO DE CRISTO

(Basado en una exposición del Pastor Daniel García)

“Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo. Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu. Además, el cuerpo no es un solo miembro, sino muchos. Si dijere el pie: Porque no soy mano, no soy del cuerpo, ¿por eso no será del cuerpo? Si dijere la oreja: Porque no soy ojo, no soy del cuerpo, ¿por eso no será del cuerpo? Si todo el cuerpo fuese ojo, ¿dónde estaría el oído? Si todo fuese oído, ¿dónde estaría el olfato? Mas ahora Dios ha colocado los miembros cada uno de ellos en el cuerpo, como él quiso. Porque si todos fueran un solo miembro, ¿dónde estaría el cuerpo? Pero ahora son muchos los miembros, pero el cuerpo es uno solo. Ni el ojo puede decir a la mano: No te necesito, ni tampoco la cabeza a los pies: No tengo necesidad de vosotros. Antes bien los miembros del cuerpo que parecen más débiles, son los más necesarios; y a aquellos del cuerpo que nos parecen menos dignos, a éstos vestimos más dignamente; y a los que en nosotros son menos decorosos, se tratan con más decoro. Porque los que en nosotros son más decorosos, no tienen necesidad; pero Dios ordenó el cuerpo, dando más abundante honor al que le faltaba, para que no haya desavenencia en el cuerpo, sino que los miembros todos se preocupen los unos por los otros. De manera que si un miembro padece, todos los miembros se duelen con él, y si un miembro recibe honra, todos los miembros con él se gozan. Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular. Y a unos puso Dios en la Iglesia, primeramente apóstoles, luego profetas, lo tercero maestros, luego los que hacen milagros, después los que sanan, los que ayudan, los que administran, los que tienen don de lenguas. ¿Son todos apóstoles? ¿Son todos profetas? ¿Todos maestros? ¿Hacen todos milagros? ¿Tienen todos dones de sanidad? ¿Hablan todos lenguas? ¿Interpretan todos? Procurad, pues, los dones mejores. Mas yo os muestro un camino aun más excelente.”

1ª Corintios 12: 12-31

DONES Y MINISTERIOS

De la revisión del texto que nos sirve como epígrafe, especialmente a partir del versículo veintiocho, surge la necesidad de realizar algunas puntualizaciones previas al desarrollo del capítulo, que tiendan a despejar dudas o posibles contradicciones con otro texto cuya relación temática es evidente. Nos referimos a **Efesios 4:11**: **“Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros.”**

Es evidente, en una primera lectura de ambos pasajes, que las listas ofrecidas en ellos son diferentes: tan diferentes como lo son los *dones* de los *ministerios*. Los dones, entendidos como una dádiva, un regalo de Dios a los hombres, inmerecedores siempre, y la tarea que de ellos resulte que deberá ser sin excepción en beneficio del cuerpo de Cristo, la Iglesia del Señor. Ministerios, por otra parte, los entendemos como un oficio para el cual se es apartado por el Señor, oficio religioso, oficio espiritual, que en ocasiones, podrá echar mano de los dones para su desarrollo.

En el caso del texto de 1ª Corintios, se presentan sin discriminar, dones y ministerios, mientras que en el pasaje de Efesios, sólo ministerios, a los que llamaremos “ministerios de gobierno”, porque fueron instituidos para que llevaran adelante la dirección de la Iglesia aquí en la tierra. Aunque parezca una verdad de perogrullo, insistiremos en el hecho indubitable de que ambos, dones y ministerios, son provistos, administrados y sostenidos por el Espíritu Santo, de quien provienen y por quién se mantienen.

Atada a una errática interpretación de estos textos, puede sobrevenir una confusión que afecte seriamente al cuerpo de Cristo: en efecto, quienes gobiernan y dirigen la Iglesia del Señor no son, ni deberían ser jamás, los dones de sanidad, de lenguas o interpretación, el de profecía, o algún otro que puede resultar muy espectacular a los ojos humanos, pero que no ha sido dado con ese fin. Aun cuando sus poseedores fueran tremendos hermanos muy utilizados por Dios, ellos no gobiernan la Iglesia: no han sido llamados por Jesucristo para esa tarea.

El cuerpo de Cristo en estos últimos tiempos está viviendo una atomización muy notable, que lleva frecuentemente a los incrédulos a mirar con desconfianza semejante panorama. Pues bien, una de las razones fundamentales para que este fenómeno se desencadene ha sido la ignorancia, o mucho peor aún, la resistencia a los ministerios de gobierno instituidos bíblicamente.

Es habitual, tristemente habitual, que cristianos que de golpe, o no, se ven sobrepasados por algún don maravilloso, notable, visible, que los lleva a lugares de popularidad entre sus pares, se sienta, de la noche a la mañana, en condiciones de caminar solo, y dejando de lado la sujeción, tan cara al corazón divino, se lanzan a la aventura de poner una iglesia, como si pusieran una tienda o un negocio de comidas rápidas...

En el fondo, todos creemos que podemos hacer las cosas mejor que nadie, y, aunque el Señor no nos hubiera apartado para algún ministerio de gobierno, pensamos que con nuestro don, que es más espectacular que el del pastor, haremos todo de la mejor manera...

Es necesario, si queremos llegar verdaderamente a la unidad de la fe, y a presentar al Señor una Iglesia sin mancha, unida y bien concertada, que comprendamos bien la diferencia que acabamos de apuntar. Tanto dones como ministerios son repartidos por el Señor soberanamente, y para destinos diferentes. Ni los unos son mayores que los otros, ni tampoco mejores. Son

distintos. No obstante, en los cinco ministerios de Efesios reposa la autoridad: ser obedientes a ella es lo que nos enseña la Palabra.

El mismo Señor Jesucristo, luego de haber pasado por la cruz y por la resurrección, y en ocasión de comisionar a sus apóstoles, declara: **“Toda potestad me ha sido dada en el cielo y sobre la tierra” (Mateo 28:18)**. Y luego, los envía.

Esta es la verdadera autoridad, la que mana de la poderosa Cruz del Calvario. Esta, y no otra, es la potestad que el Señor quiere conferir a sus ministerios, para que dirijan las iglesias. Cada hermano pertenece al cuerpo por tener una relación personal con Cristo, a través de la cual ha sido regenerado. Sin embargo, como cuerpo, somos gobernados a través de los ministerios.

Es verdad, muchas veces no se tienen conflictos con la autoridad de Cristo. Es más, se tiene temor de Dios, se busca vivir en santidad. El conflicto aparece con la autoridad que Cristo ha delegado una vez que ha partido de esta tierra y ha dejado funcionando la Iglesia, su cuerpo en este mundo. Muchos querrán someterse a Dios, pero nunca lo harían con otros hombres... Pretender responder directamente al Señor puede ser o bien ignorancia, o bien rebeldía: ignorancia de lo que el Señor ha marcado para su pueblo, o resistencia a los ministerios que El dejó establecidos.

Ahora bien, este gobierno no es ni deberá ser jamás carnal, sino espiritual, proveniente directamente de la Cruz de Jesucristo, y de la experiencia personal de cada siervo con esa cruz. Quien pretenda ostentar un ministerio de gobierno en la iglesia, deberá primero dar muestras de la obra de Cristo en su propia vida. Quien pretenda tener autoridad, deberá dar muestras cabales de estar él mismo bajo autoridad y sujeción.

Si vamos al Antiguo Testamento, podemos comprobar que el mejor gobierno que tuvo Israel no fue el de hombres perfectos, el de caudillos, o el de líderes autoritarios, sino el de hombres, como los otros, pero conformes al corazón de Dios, como lo era David. Esta es la regla de acuerdo con las Escrituras, y así funciona la autoridad en la Iglesia del Señor.

En la lista de Efesios capítulo cuatro notamos la ausencia de otros ministerios que habitualmente vemos en las iglesias, como podrían ser el de la música, el de la literatura o el de las obras de misericordia. La clave está en que estos no son ministerios de gobierno, sino de servicio, razón por la cual tampoco figuran en este listado los diáconos, aunque su labor en la obra sea tan importante.

Existen ministerios de toda clase, y dones de todo tipo, de acuerdo con la multiforme sabiduría de Dios, y la variada necesidad nuestra, y el Señor, que es dueño de todo, los reparte según su buena voluntad. Pero ministerios de gobierno hay sólo cinco: **apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros**, y han sido instaurados por el Señor, de quien viene su autoridad.

Los dones, en sujeción a los ministerios, siempre serán más fructíferos y mejor utilizados por Dios para edificación. Separados del cuerpo, podrían hasta volverse perniciosos.

LA AUTORIDAD DEL MINISTERIO APOSTÓLICO

Ya hemos comprobado acabadamente la relación que existe entre ministerios, autoridad y cruz, de modo tal de estar seguros que todos los ministerios dados por el Señor se desarrollan con la autoridad que proviene de El, y que asimismo debe pasar, inexorablemente, por la cruz del Calvario. La experiencia personal, diaria y profunda con la Cruz de Jesús, no puede ser sustituida por nada.

La verdadera autoridad no reposa en las aptitudes, cualidades, capacidad de mando o carácter del ministro, sino en haber sido apartado por el Señor para esa obra y en haber recibido la autoridad de Cristo.

Los apóstoles lo sabían muy bien. Conocían al Señor, conocían su autoridad, conocían la cruz. No confiaban en sí mismos, sino en Dios, y hacían la obra...Veamos algunos ejemplos:

“Entonces Pedro, poniéndose en pie con los once, alzó la voz y les habló, diciendo: Varones judíos, y todos los que habitáis en Jerusalén, esto os sea notorio, y prestad atención a mis palabras.” (Hechos 2:14) Ya había ocurrido la ascensión del Señor, la venida del Espíritu Santo en Pentecostés, y la elección de Matías como sustituto de Judas, de modo de completar la nómina que Jesús había realizado. Estaba una gran multitud reunida, aunque quien toma la palabra es Pedro, acompañado de los once. Podrían haber hablado los hermanos naturales del Señor, o su madre, o María Magdalena, o cualquiera. Sin embargo, lo hicieron los apóstoles, porque eran conscientes de la tarea encomendada, y además sabían que tenían autoridad. No se arrogaban un derecho que nadie les había conferido, ya que de ser así, nadie los hubiera escuchado. No obstante allí estaban. No se impusieron por la fuerza: tenían autoridad.

“Así que no había entre ellos ningún necesitado; porque todos los que poseían heredades o casas, las vendían, y traían el precio de lo vendido, y lo ponían a los pies de los apóstoles (...).” (Hechos 4:34-35) La multitud de nuevos creyentes conocía y reconocía la autoridad apostólica. No necesitó poner ni tesoreros ni veedores que observaran la marcha de las cuentas. Depositaban todo a los pies de los apóstoles, porque tenían confianza en su cobertura, y además reconocían en este acto su autoridad.

“Entonces los doce convocaron a la multitud de los discípulos, y dijeron: no es justo que nosotros dejemos la Palabra de Dios, para servir a las mesas.” (Hechos 6:2) Se produce un episodio de murmuración entre los creyentes griegos por la cuestión de la atención a las viudas, y los apóstoles, no otros, con toda autoridad y resolución toman la iniciativa, convocan a la gente, y resuelven el tema inmediatamente con la elección de siete diáconos.

“Y cuando Pedro subió a Jerusalén, disputaban con él los que eran de la circuncisión. (Hechos 11:2) “Entonces, oídas estas cosas, callaron y

glorificaron a Dios, diciendo: ¡De manera que también a los gentiles ha dado Dios arrepentimiento para vida! ”(Hechos 11:18) A causa de las continuas persecuciones, seguramente muchas familias habían emigrado ya hacia territorios gentiles, de modo que es muy posible que hubiera para ese entonces muchos gentiles convertidos. Sin embargo, no fue hasta que el apóstol Pedro oficializó de alguna forma la apertura del Evangelio al mundo gentil, que el mismo fue reconocido y dejó de crear conflicto entre los hermanos. Otra vez, la autoridad apostólica.

“Llegó la noticia de estas cosas a oídos de la iglesia que estaba en Jerusalén; y enviaron a Bernabé que fuese hasta Antioquía.” (Hechos 11:22) Estaba ocurriendo un gran avivamiento en Antioquía, entre los hermanos que habían salido huyendo luego de la muerte de Esteban, de modo de convertirse grandes multitudes. La Iglesia en Jerusalén, iglesia madre, decide enviar a un apóstol, Bernabé, para que viera qué estaba pasando, corrigiera o encauzara el avivamiento, de ser necesario, o confirmara los sucesos, si el Espíritu así se lo indicaba: el asunto justificaba una intervención. El detalle a remarcar es que no era Bernabé uno de los doce, sino de aquellos que prosiguieron con el ministerio más allá de la docena que Jesús había elegido. Así lo vemos como compañero de Pablo en sus viajes misioneros, y abocado a diversas tareas propias del apostolado. Bernabé, por fin, confirma a los hermanos, permaneciendo con ellos por un año en la enseñanza de la palabra.

“Como Pablo y Bernabé tuviesen una discusión y contienda no pequeña con ellos, se dispuso que subiesen Pablo y Bernabé a Jerusalén, y algunos otros de ellos, a los apóstoles y los ancianos, para tratar esta cuestión.” (Hechos 15 :2) El conflicto que se presentaba era muy importante, por cuanto afectaba cuestiones rituales muy arraigadas a la tradición judía, como lo era la circuncisión. Algunos iban detrás de Pablo predicando en contra de lo que él enseñaba, obligando a los cristianos gentiles a circuncidarse obligatoriamente, creando de esta suerte un gran tropiezo. La cuestión ameritaba la reunión de un concilio, donde poder discutir y concordar acerca de este asunto. Se realiza, por fin, en Jerusalén, con la concurrencia de los apóstoles y los ancianos, que eran pastores, encargados de las diferentes y nuevas iglesias que iban fundándose. En Hechos capítulo 2, no había pastores, porque aún no eran necesarios. El crecimiento increíble de la grey del Señor impuso la obligación de nombrar pastores, que se ocuparan de cerca de cada congregación. Pues bien, en este concilio tienen otra vez la voz cantante los apóstoles: Pedro, Pablo y Bernabé. Podían discutir días enteros: no obstante, la autoridad última la tenía el ministerio apostólico, y por tanto podían decir: **“Porque ha parecido bien al Espíritu Santo, y a nosotros...” (Hechos 15:28)**

LA CARACTERÍSTICA DEL MINISTERIO APOSTÓLICO

Como venimos exponiendo, este ministerio tan peculiar fundado por el Señor para la edificación y el gobierno de la Iglesia, no es un ministerio cualquiera, desarrollado por cualquier persona que tenga aptitudes naturales. El

apostolado no es ni un liderazgo ni un caudillismo: es una tarea espiritual de engendramiento, de cuidado, de protección, de cobertura. Se puede conocer de gobierno y de política y nunca haber experimentado el poder regenerador de la cruz: éstas no son las características que deben tener los ministerios levantados por el Señor. Su poder, en cambio, les viene de una relación personal y permanente con Cristo. Con el Cristo triunfante y victorioso y con el Cristo crucificado, con quien también deberán estar crucificados juntamente.

El apóstol Pablo nos deja enseñanzas memorables en cuanto al carácter del ministerio apostólico:

“Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros (...)” (Gálatas 4:19) Pablo no tenía vasallos, tenía hijos, por quienes sufría y clamaba, a quienes cuidaba y encaminaba, hacia quienes dirigía sus exhortaciones y correcciones. ¿Para qué? Para que crezcan en el conocimiento de Cristo.

“No escribo esto para avergonzaros, sino para amonestaros como a hijos míos amados. Porque aunque tengáis diez mil ayos en Cristo, no tendréis muchos padres; pues en Cristo Jesús yo os engendré por medio del evangelio.” (1ª Corintios 4:14 y 15). Los corintios se habían envanecido de modo de renegar de la cobertura apostólica. Ya estaban saciados, ya se creían capaces y autosuficientes... ¿Para qué necesitaban estar bajo autoridad? El apóstol sufre por ellos, no los abandona a su suerte para que se golpeen y aprendan solos: él era su padre espiritual, y se sentía responsable.

“Por lo cual, aunque tengo mucha libertad en Cristo para mandarte lo que conviene, más bien te ruego por amor...(...)” (Filemón 8 y 9) El apóstol tenía toda la autoridad para ordenar, y sin embargo, con la delicadeza que sólo el amor despierta, prefiere pedir, prefiere rogar... El sí que no era autoritario, sino enérgicamente manso, como su Maestro...

Los ejemplos que podríamos citar son innumerables, aunque los que anteceden son lo suficientemente elocuentes para nuestro propósito. Es que así es la peculiaridad del ministerio apostólico, que hace reposar su autoridad en la mansedumbre, en el amor, en un corazón quebrantado, en un corazón paternal, que ve las cosas desde la cruz... Porque en realidad, la verdadera autoridad de Jesucristo funciona como El nos enseñara antes de ir al Calvario:

“Luego puso agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a enjuagarlos con la toalla con que estaba ceñido. Entonces vino a Simón Pedro; y Pedro le dijo: Señor, ¿Tú me lavas los pies? Respondió Jesús y le dijo: Lo que yo hago, tú no lo comprendes ahora; mas lo entenderás después.” (Evangelio de Juan 13:5-7)

Realmente Pedro lo entendió con creces, y Pablo, y los demás... ¿Lo entenderemos también nosotros?...

UN LUGAR PARA CADA UNO...

Aunque es claro desde todo punto de vista que la Iglesia del Señor es considerada como un cuerpo, con muchos miembros interdependientes los unos de los otros, es frecuente encontrar hermanos cuya dificultad mayor estriba en comprender que debe haber un lugar para ellos, aunque no sea el que a ellos les parece correcto.

Los pastores generalmente enseñan con claridad, o procuran hacerlo, que cada miembro del cuerpo tiene un lugar en él, y que la falta de reconocimiento de dicho lugar traerá conflictos indefectiblemente: hay iglesias que semejan cuerpos defectuosos, con cuatro ojos y sin pies, o con diez dedos en cada mano. Es que lo que dice la Palabra es absolutamente cierto. Frecuentemente todos queremos ser ojo, de preferencia celestes y de largas pestañas, y pocos quisiéramos ser el dedo meñique del pie... ¿Quién lo ve, escondido en un calzado?...

La Iglesia del Dios vivo y verdadero no funciona así. Habrá quien tenga un lugar vistoso o de excelencia, y habrá quien nunca sea advertido por nadie. Pero todos son importantes en el Cuerpo, y hacen a su correcto funcionamiento.

Comprender esta verdad, y hacerla nuestra, hará que por fin se terminen viejas luchas de poder en las congregaciones, peleas por un espacio, roces, celos, envidias, maledicencias, contiendas, disensiones, iras, murmuraciones, y una larga lista de frutos que, ciertamente, no provienen del Espíritu...

Como contrapartida de todo esto, la sana satisfacción de estar exactamente en el lugar en que Dios nos ha puesto, cumpliendo nuestro ministerio, desarrollando nuestro don o prodigando nuestro servicio eficazmente, hará de nosotros cristianos felices, completos y útiles. Y la congregación a la que pertenecemos, seguramente, será muy bendecida y resultará muy beneficiada.

Ahora bien, podría darse el hipotético caso en que el problema no surgiera de la membresía, sino de las autoridades de la iglesia en cuestión. Es que no solo los hermanos deberán encontrar su lugar en el Cuerpo, sino también los pastores, quienes muchas veces quieren ocupar un terreno indebido, que no les corresponde.

Esto atañe por igual a pastores, ancianos, diáconos, líderes y otros ministerios, como así también a sus esposas, si es que estuvieran casados. En efecto, el rol de la mujer en la Iglesia es muy importante y definido, y aunque no haya sido ella misma llamada a ser cabeza del hogar, deberá acompañar el ministerio de su esposo, complementándolo con el propio, si lo tuviera. Ni el feminismo ni el machismo encuadran dentro de la lógica bíblica. Sí un lugar muy demarcado para cada uno, diferente y preciso, conservando el cual el servicio puede ser desarrollado con mayor firmeza.

¿ES NECESARIA LA COBERTURA?

Una vez que los miembros de la congregación comprenden cuál es su lugar, lo aceptan y desarrollan su función allí, será necesario también que sus pastores

hallen su ubicación en el cuerpo. Este tema nos remite directamente a lo que llamamos “cobertura”, entendida en sentido espiritual.

Si vamos al ejemplo bíblico, encontramos que el apóstol Pablo no hacía lo que bien le parecía, ni Pedro hacía su vida como se le ocurría, independiente de los demás: se tenían en cuenta, se escuchaban, se reprendían, se exhortaban, se consideraban. Los apóstoles establecieron una red de ministerios que estuvieron íntimamente relacionados entre sí, en situación de mutua cobertura, y que a su vez cubrió espiritualmente a quienes se ampararon bajo su responsabilidad en las nuevas iglesias que se iban fundando.

Si creemos que el ministerio apostólico ha sido instituido por Dios para que perdurara y siguiera desarrollando el gobierno de la Iglesia hasta que el Señor venga, hemos de creer también en el hecho irrefutable de que, como Pablo, Pedro y los apóstoles de antaño, así también los de hoy en día proveen a la Iglesia de Cristo la necesaria cobertura, bajo la cual es necesario que cada pastor se cobije.

De ministerios pastorales solitarios, que no responden a nadie, que no reportan a otra autoridad más que a la propia, que no se someten a consejo alguno, está lleno el mundo evangélico de los últimos tiempos. De allí los fracasos, de allí los errores doctrinales serios, de allí las desviaciones, de allí los comportamientos sectarios. Y, tristemente, de allí también el descrédito...

Es hora de volver a insertarse en el cuerpo: si soy mano, como mano, si soy pie, como pie, si soy ojo, como ojo. Sueltos, seremos como el pámpano que no puede llevar fruto. Si nos equivocamos, o si no, si tenemos éxito o fracasamos, si estamos en el valle de sombra de muerte o en el monte de Sión... ¿Quién vela por nosotros? El ministerio apostólico. Como antes. Como siempre. Para siempre.

COBERTURA ESPIRITUAL Y COBERTURA LEGAL

Ha llegado ahora el momento de clarificar la diferencia esencial que existe entre estos dos tipos de cobertura. Ambos apuntan a cuestiones demarcadamente distintas que nos hará bien comprender en virtud de que ambas son vitales para el desarrollo espiritual y congregacional del pueblo de Dios.

La Iglesia está compuesta de hombres y mujeres, seres sociales. Está, además, inserta en una sociedad determinada, con sus propias pautas de convivencia, sus leyes, idiosincrasia, cultura, normas, etc. La Iglesia no es, o no debería ser, un ente aislado, aunque evidentemente no en todo deba o pueda seguir el comportamiento que es habitual en la sociedad que la cobija: Ella *no* es de este mundo, aunque *está* en el mundo.

Por cuanto está, por el momento, en el mundo, deberá obligatoriamente sujetarse a los patrones que él demanda: necesitará un lugar físico adecuado donde desarrollar su actividad. Pagará, por tanto, el alquiler, o comprará el inmueble. Tendrá que tratar con escribano para tal efecto. Abonará impuestos, manejará mayor o menor cantidad de dinero. Tendrá representantes legales que

asuman la responsabilidad ante las autoridades competentes. Se administrará de alguna manera, tendrá una organización...

En fin, aunque no se quisiera, tener un mínimo de infraestructura en los distintos ámbitos es un compromiso ineludible. Habrá quien se maneje dejando todo a la buena de Dios y alegando “espiritualidad”, no obstante podría ser que esto encubra simplemente una actitud indolente o perezosa que nada tiene que ver con el camino del cristiano.

Cada congregación se maneja con un determinado reglamento, explícito o no, al cual deberán acogerse los miembros. No hablamos de preceptos rígidos, religiosos, fríos y legalistas, pero sí de un mínimo de orden, como el que suele haber en cualquier hogar: los niños se levantan y se acuestan a cierta hora, se come habitualmente en un determinado momento, se otorgan permisos o no para las salidas, etc. La familia no pone las reglas por escrito haciéndolas firmar por cada uno, pero ya todos saben. Es como un acuerdo tácito cuyo cumplimiento hace a la salud familiar.

Esto mismo ocurre con la Iglesia en general y con cada congregación en particular: el aspecto organizativo es muy importante, y deberá ser llevado adelante por hermanos idóneos y llenos del Espíritu Santo. Cuidar este aspecto es cuidar la Iglesia, es tomar seriamente el testimonio para con los de afuera, que tantas veces pueden señalarnos con razón y, desgraciadamente, sin mentir.

Al fin puede ocurrir lo que tristemente ya se ha vuelto moneda corriente: mal uso del dinero, enriquecimiento personal, ilícitos, mal testimonio... titulares en los diarios... bochorno... cárcel... descrédito de la Iglesia y de los siervos...

Si la congregación no tiene organización, lo mejor sería no tener nada, no hacer nada, no encarar nada. Si tiene un proyecto: necesita organizarse.

La estructura, el sistema, es una bendición. No debería nunca llevarse como una pesada carga, porque aunque mientras lo hacemos parecería que no sirve de nada, cuando no lo hacemos, el caos resultante se torna difícil de sobrellevar. Si acaso se nos pidieran cuentas, no tendríamos nada para exhibir, y en cambio sí mucho para perder...

No estamos abogando por la “super organización”, ni por el manejo eclesiástico a la manera del empresarial: nada más lejos de esto. Recomendamos la libertad: pero encauzada, con un orden, un camino, una dirección, un rumbo.

Ahora bien: el aspecto legal y de organización no agota todas las instancias de la vida congregacional. Si una iglesia sólo está organizada, olvidando todo otro aspecto superior en lo espiritual, no diferirá mucho de cualquier otra institución de hombres. Sin embargo, la Iglesia del Señor no es un establecimiento humano: es mucho más que eso, y por lo tanto, nunca deberá confundirse la cobertura legal con la cobertura espiritual provista por el ministerio apostólico.

La diferencia que existe entre una y otra cobertura, consiste en que la organización, como ya hemos dicho, se rige con reglamentos, funciona con

reglamentos, se edifica con un andamiaje de normas. El ministerio apostólico, la cobertura espiritual, en cambio, no. Si quisiéramos manejar lo espiritual sólo con organización, entonces surgirían de inmediato los problemas. Podríamos relatar el caso extremo de una congregación que con espíritu legalista se propuso debatir la posibilidad de disciplinar a un hermano, y para ello recurrió a la original idea de someterlo a juicio, echando mano del sustrato legal de su propio estatuto, con jueces, jurados, fiscales y cosas semejantes a éstas, que no tienen ningún asidero escritural.

Lo que esta congregación ignoraba es que las cosas espirituales se acomodan espiritualmente, y no humanamente: ***la vida espiritual no puede reglamentarse***. La organización había ahogado a la cobertura espiritual hasta el punto de suplantarla... Este es el peligro que emana de la confusión entre los dos tipos de cobertura. La estructura no es mala, sino necesaria. No obstante, siempre deberá estar amparada bajo la cubierta espiritual, y no a la inversa.

Pues bien, quien más, quien menos, todos podríamos coincidir en la necesidad de tener cobertura legal, esto es organización y transparencia en lo que atañe a todos los asuntos de la congregación. No de manera tan fácil se concuerda en que tener cobertura espiritual, a través de un ministerio apostólico separado y llamado por Dios para ello, es de igual modo indispensable.

¿“LIBERTAD” o COBERTURA?

Siguiendo con el tema que nos ocupa, el de buscar nuestro lugar en el cuerpo, llegamos a esta patente conclusión de la necesidad de ponernos bajo la cobertura de un ministerio apostólico, más allá de las organizaciones, más allá de los esquemas institucionales.

Dios hizo al cuerpo de acuerdo con su soberana voluntad, y lo ordenó como quiso. Nuestra parte tiene que ser encontrar cuál es el lugar para nosotros, y allí perseverar, aunque nadie lo note, porque seguramente sólo allí podremos hacer la obra de Dios. Por otro lado, sólo acumularemos madera, heno y hojarasca, que al fin será quemada.

Ahora bien, la búsqueda de cobertura espiritual no puede encararse de cualquier manera, guiada por los instintos. Podemos apuntar algunos requisitos que haremos bien en tener en cuenta.

1. Es menester, sin lugar a dudas, buscar primeramente una palabra del Señor al respecto, lo cual implica invertir horas de oración, clamores, ayunos y búsqueda de Dios.

2. No se trata de quién convenga más, quién sea más popular, quién lleve más gente o quién me dice sólo lo que quiero escuchar, porque todas estas son cosas pasajeras, que hoy están y mañana desaparecen.

3. Tampoco es lo ideal moverse sólo por sentires, aun cuando no hay nada de malo en tenerlos. Ellos pueden ser de Dios, o pueden provenir de la carne. La única receta infalible para saber de dónde vienen es testearlos con una palabra del Señor, dejándolos en el altar, a sus pies, esperando una confirmación divina. El cristiano maduro sabe bien que, a menos que el Señor se lo indique, no es

necesario ponerle a Dios “pruebas” inverosímiles, cumplidas las cuales se descontará una respuesta afirmativa: hay un camino nuevo y vivo para los hijos de Dios, el cual nos conduce a la presencia del Señor, directamente. En ella, con un corazón quebrantado que garantizará nuestra receptividad, podremos preguntarle a Dios, y además escucharlo cuando El nos conteste. La vida de oración y de comunión con el Padre es un arma que aunque no la usemos todas las veces que deberíamos, es insustituible.

4. Por otra parte, y siendo consecuentes con nuestra propia visión, afirmamos que, en concordancia con Efesios 4:11, el ministerio profético también está vigente en nuestros días en la Iglesia, y por lo tanto es dable esperar alguna profecía que nos aclare cuál sea el lugar en el que debemos permanecer.

5. Una vez que Dios nos ha contestado, que tenemos seguridad acerca de que nos ha dado una palabra, será indispensable que nuestro corazón esté humillado y preparado para obedecer, dispuesto a ponerse en sujeción con todo lo que esto significa. Es menester ser capaces de renunciar a nuestra “independencia”, porque las relaciones espirituales que Cristo edifica no son pasajeras, sino para siempre, como el matrimonio: hasta la muerte. Veamos algunos ejemplos:

“No me ruegues que te deje, y me aparte de ti; porque a dondequiera que tú fueres, iré yo, y dondequiera que vivieres, viviré. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios mi Dios.

Donde tú murieres, moriré yo y allí seré sepultada; así me haga Jehová, y aun me añada, que sólo la muerte hará separación entre nosotras dos.” (Rut 1:16 y 17)

No parece probable que Rut la moabita estuviera pensando en cambiar de rumbo o de compañía. En verdad, la declaración hecha a Noemí implica una promesa de fidelidad y lealtad muy fuertes.

Otro ejemplo es el del apóstol Pablo con su discípulo Timoteo, o con Tito, Filemón y sus demás colaboradores. De ninguna forma notamos que ellos hubieran abandonado la cobertura apostólica en algún momento de su carrera. Ni siquiera cuando ya estaban maduros en el Señor, con sus ministerios funcionando plenamente. Quizás tuvieran opiniones que no compartían, pero mantuvieron la sujeción hasta el fin, y eso bendijo grandemente su servicio.

Podrán venir conflictos, épocas de bajón, tiempos cuando uno sea exitoso o de los otros, cuando parecería que no importamos a nadie... Sin embargo, este no es el termómetro en el camino del Señor ni en su obra. Si Dios nos ha puesto en un lugar, bajo una cobertura, jamás deberíamos negociar nuestro puesto ni por dinero, ni por comodidad, y mucho menos por caprichos personales. Porque la obra de Dios no se dirige como una empresa. No tiene gerentes ni directores. Hay un Señor de todo, y El ordena todo como le parece mejor...

Es que encontrar un ministerio apostólico que nos cubra no es cuestión de simpatías naturales, ni de amistades, aunque necesariamente tendremos simpatías y amistades. Si sólo hacemos reposar la elección en ellas, puede ser que algún día se acaben, empujándonos nuevamente a la orfandad de la

independencia. Para encontrar el lugar de cada uno, habrá que buscarlo espiritualmente. Sólo así tendremos la seguridad de no fallar.

Capítulo aparte merecen los amiguismos con hermanos rebeldes, que siempre traen conflicto a la grey del Señor, que no quieren sujetarse, desobedientes... Podemos amarlos, podemos cubrirlos, podemos orar por ellos, pero ¿Compartir amistad, vida, ministerio, comunión?... Tal vez, lentamente, nosotros también nos volvamos como ellos... Amigos del Señor son quienes hacen lo que Él les manda. Los demás, no se sabe lo que sean... Si no son amigos del Señor: ¿Podrán ser los nuestros?...

Algunos siervos del Señor cambian de cobertura como de ropa, así de fácil, así de simple. Siempre están subidos al carro del triunfador, porque no han mirado realmente cuál era la voluntad de Dios para sus vidas, sino cuál les convenía más por fama, o por popularidad. Hoy creen una cosa, mañana creerán otra y pasado mañana tal vez ya no crean nada. ¿Dónde están las convicciones? ¿Cuál es la visión de tales siervos? Así van las iglesias respectivas virtualmente a la deriva, sin rumbo, sin meta, sin propósito.

Cuando pasa la estrella de quien han elegido, buscarán a otro hasta que decline, y así ad infinitum... La cuestión es ser un ganador... siempre ...

Hacer la obra de Dios es algo muy serio, deberíamos comprenderlo bien para no dejarnos llevar por lo que vemos con los ojos naturales... Si optamos por buscar nuestra cobertura en aquel hermano famoso, que obra milagros y portentos maravillosos, que sea porque el Señor nos puso allí, y no por otra cosa que adule nuestro ego. Si Dios nos ha llamado para obrar milagros a través de nosotros, bien haremos. Pero roguemos al Padre por milagros genuinos, verdaderos, como los que hacía Jesús.

Si miramos atentamente a los Evangelios veremos que ninguno de los que venían al Señor por una sanidad se iban sin ella. Jesucristo sanó a todos, y nos exhorta de esta forma a no manosear sus verdades. Si el Señor no nos dice que va a sanar a alguien: ¿Por qué habremos de decírselo nosotros?

Cada alma que el Señor nos confía para cuidar, es una por la cual derramó cada gota de su sangre. Jamás, por nada del mundo, deberíamos conducirnos con ellas indolentemente, prometiéndoles cosas, milagros y sanidades, que tal vez no ocurrirán, y por tanto harán endurecer el corazón de manera, quizás, irreversible. Hay uno que más tarde o más temprano nos pedirá cuentas... ¿Tendremos las nuestras equilibradas?

APACIENTA MIS CORDEROS...

La tarea que el Señor, como a Pedro, nos ha encomendado, no es cualquier cosa. Ha puesto en nuestras manos sus corderos, su especial tesoro por quienes ha dado su vida en expiación.

Sus ovejas sienten, quieren, aman, se preocupan, tienen necesidades, piensan, y deben ser pastoreadas.

El desafío para este tiempo es volver a las enseñanzas escriturales que nos dicen que el ministerio apostólico sigue vigente, y es necesario. Por la salud de los siervos, por la salud del rebaño.

El cuerpo es uno solo, y debemos hallar nuestro lugar en él, porque sólo así podremos cumplir acabadamente con todo lo que el Señor de la grey ha previsto para nuestra vida, ha preparado para nuestro ministerio.

Hasta que El venga o hasta que nos llame a su presencia. Porque El lo sabe todo:

El sabe que le amamos...

Capítulo 5

Requisitos de un apóstol

(Basado en una exposición del Pastor Daniel García)

“Lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros.”

Cuando hablamos de las características que necesariamente habrán de tener los hombres separados por el Señor para el ministerio apostólico, no nos estamos refiriendo a atributos especiales y exclusivos para ellos, sino más bien a cualidades que deberán coronar el carácter de cualquier cristiano comprometido. La peculiaridad es que en los apóstoles ellas no deben faltar, si en verdad el siervo quiere desarrollar su ministerio con eficacia y seriedad.

Es el caso también de los obispos y diáconos: allí en **1ª Timoteo 3: 1-13**, Pablo provee una lista de requisitos para quienes deseen desempeñarse en estos servicios. Sin embargo, nada de lo requerido para ellos es exclusivo a obispos y diáconos, aunque sí, efectivamente, serán características excluyentes: quien anhele obispado, deberá ser así, y no de otro modo.

Nadie puede decir que el obispo habrá de ser marido de una sola mujer, aunque al creyente común le esté permitido tener muchas. No se puede afirmar que él deba ser prudente, sobrio, decoroso y no dado al vino, mientras el resto de la congregación tiene licencia para imprudencias, desatinos, conductas indecorosas o borracheras. ¿Quién puede entender que la honestidad, la fidelidad, la veracidad, la limpia conciencia o la irreprehensibilidad estén reservadas sólo a los diáconos, en tanto que sus hermanos se debaten en peleas, engaños, codicias o mentiras, con el guiño complaciente del Señor?

El cristiano maduro deberá aspirar siempre a más en su nueva vida en Cristo. El camino deberá ser ascendente, de gloria en gloria, de limpieza sobre limpieza, de continua santificación. Fuimos creados a imagen de nuestro Dios, y aunque perdida, confundida y pisoteada, esa imagen divina pugna por volver a construirse en los corazones rescatados por la sangre del Cordero.

Ahora bien, los diáconos, los obispos, los pastores o los apóstoles, fueron escogidos y separados por el Señor para una santa tarea. En este sentido, ya no podrán alegar ignorancia o descuido: se requiere de ellos que puedan exhibir sus credenciales de naturaleza y carácter a la hora de cumplir aquello para lo cual fueron asimismo llamados.

De manera, entonces, que habremos de desarrollar siete características comunes a cualquier cristiano, en mayor o menor escala, pero imprescindibles para el ministerio apostólico, en este caso.

En este sentido, se impone a priori una consideración importante referida a que, aunque incuestionablemente necesarias, estas propiedades no jugarán un rol decisivo a la hora de elegir una cobertura apostólica bajo la cual ejercer cualquier otro ministerio: lo que debe movilizar una decisión es una clara palabra de Dios al respecto, independientemente de los requisitos que pueda reunir o no

el ministerio en cuestión. La elección no se fundamenta en las reglas del mercado, ni en los mecanismos de selección de personal a nivel laboral. Elegir una cobertura es un asunto espiritual, y como tal, habrá de resolverse espiritualmente, por indicación de Dios, y en obediencia a su Palabra.

De ninguna manera será cuestión de poner pruebas, esperando que las mismas tengan un resultado que se pueda interpretar positiva o negativamente. Dios ha abierto una puerta excelente, de comunión íntima y estrecha con el Padre. Un camino vivo y espiritual por el cual haremos bien en transitar por todo nuestro peregrinar cristiano. Nada de echar suertes, nada de consultar oráculos, nada de Urim y Tumim para los hombres y mujeres de este tiempo, desde Cristo, nuestro Señor, a esta parte. El velo del templo se ha rasgado para que avancemos cada día más en conocerlo, preguntarle, y dejar que Él nos conteste...

Es verdad, puede darse el caso de estar bajo una cobertura inepta, incapaz, carente de los mínimos recursos o requisitos, o simplemente, y lo que es peor, carnal. ¿Quién responde por ese hermano en semejantes circunstancias? Con todo, la peor decisión que podría tomar es la de dar un portazo e irse, abandonando el lugar donde fue establecido, resistiendo al Señor y a su voluntad con los hechos.

Por ejemplo lo tenemos a David. Dios le había puesto una cobertura bastante difícil de sobrellevar y pesada como pocas: la de Saúl, líder cruel, envidioso, perseguidor, carnal.

David podría haber argumentado de esta forma: evidentemente, Dios lo había elegido a él, y había desechado a Saúl. ¿Quién impedía, entonces, que él se sacudiera ese pesado yugo que lo atormentaba? ¿Acaso él no tenía gracia? ¿No era hermoso? ¿No estaba Dios con él? Sin embargo, había un pequeño detalle que David consideró y que hizo que él fuera lo que en efecto fue: Dios le había dicho lo que haría con él en el futuro, pero no le había dado carta blanca para que se moviera de su lugar todavía. Si su Señor no le indicaba dejar a Saúl, él no lo haría, aunque esa relación sólo le reportará sufrimientos.

Hay muchos ministerios en la grey sufriendo bajo la cobertura de Saules: los levantó en algún momento el Espíritu Santo, pero dejaron de funcionar bajo la inspiración del Espíritu Santo. Lamentablemente, un ministerio que no actúa en el Espíritu actúa en la carne, y en esto no hay demasiadas opciones: una cosa, o la otra.

Tristemente, un ministerio carnal sólo provoca heridas y amarguras. Es verdad que todo ayuda a bien a quien ama a Dios, y esto no escapa a la regla. No obstante... ¡Ay de aquel por quien vienen los tormentos!

Sentados a meditar cuál cobertura escoger para abrigarnos debajo, nunca se deben poner en la balanza como factor decisivo las características del ministerio. Lo que debe inclinar el fiel siempre e indefectiblemente es una palabra de Dios clara y contundente que dirija los pasos. Si la palabra nos empuja hacia un lado, aun contra toda razón, hacia allí debemos dirigirnos. No habrá que atropellarse, habrá que actuar con suma prudencia, pero por sobre todas las cosas habrá que obedecer: si la palabra nos lleva hacia un Saúl, y la desoímos, **jamás seremos**

David. Podremos ser buenos hermanos, fieles creyentes, pero nunca como lo fue David: un hombre conforme al corazón de Dios. El rey David mostró en sí mismo toda la dimensión humana, con sus grandezas y miserias, aunque fue obediente y sensitivo a la voluntad de Dios. Y esto marcó la diferencia.

Buscar una palabra de Dios clara a nuestro espíritu, que marque inequívocamente el camino a seguir, es la única posibilidad que tenemos de tomar una decisión atinada, basada certeramente en la voluntad de Dios.

Los sentidos, pareceres, preferencias, afinidades personales, las emociones o los sentimientos, pueden acarrear confusión: la confirmación a nuestro espíritu sobre sí el Señor nos ha hablado, en cambio, nos ofrece mayores garantías.

Puestos de acuerdo en el tema fundamental, que hará de la decisión un producto del oír y obedecer la voz de Dios, más allá de lo que en apariencia se vé del ministerio en cuestión, podemos pasar a definir cuáles han de ser las características que necesariamente reunirá el apóstol:

- **Fundamento bíblico:**

Parecería ser una verdad obvia que el siervo de Dios, cualquiera sea su ministerio, debería estar bien pertrechado de la Palabra de Dios para desplegar su servicio eficientemente. Mucho más tratándose del ministerio apostólico, por su carácter de “ministerio a ministerios”, por su función de cobertura espiritual.

Aunque, de hecho, lo que se proclama como algo evidente, en la práctica no se puede constatar con la misma fuerza. En rigor de verdad, a diario se puede comprobar, tristemente, que las deficiencias en esta área son muchas, y muy diversas.

Si nos remontamos a las raíces del movimiento protestante o evangélico, como se denomina comúnmente hoy en día, llegamos a sus albores, allá por el siglo XVI, de la mano de los grandes reformadores, Lutero y Calvino. La propuesta de estos hombres de Dios fue la vuelta a las Sagradas Escrituras, tan olvidadas por la jerarquía católica en general, y tan suplantadas por tradiciones humanas y por el magisterio de la iglesia a través de sus dogmas.

De ninguna forma el movimiento protestante alentaba un espíritu separatista dentro de la iglesia, sino más bien se planteaba como una reforma de lo que había, insuflada por el poder incomparable de la Palabra divina. De esta suerte, el lema llegó a ser **“Sola Scriptura”**, esto es, sólo y nada más que las Sagradas Escrituras. De la mano de la Biblia podrían reformularse a fondo los artículos de fe, los dogmas y las doctrinas, de modo de volver a las prístinas enseñanzas que de ella se desprenden. Conducida por la Palabra la iglesia podría volver a encaminarse hacia su destino eterno, y los creyentes alcanzarían la promesa salvadora.

Los pormenores históricos dan cuenta de los sucesos de ese tiempo, de la reacción eclesiástica, de la ruptura y la Contrarreforma, cosas que no es el caso de tratar aquí. Lo cierto es que el avivamiento más grande de que tenga memoria la historia tuvo lugar nada menos que como consecuencia de una

vuelta a la Palabra de Dios. Como en tiempos de Josías, como en tiempos de Esdras y Nehemías. Las Sagradas Escrituras están vivas, son vivas, y además eficaces y más cortantes que espada de dos filos... y, evidentemente, no hay nada que pudiera suplantarlas.

Los siervos de Dios de entonces, como los de muchas otras épocas hasta la actual, luchaban esforzadamente, aunque fuera en un medio hostil, por conocer la Biblia y por resolver sus problemas y cuestiones a través de ella, y no a pesar de ella. Lamentablemente, ese movimiento tan espectacular dio a luz paralelamente consecuencias no deseadas, luchas fratricidas, persecuciones, extremismos, en fin, divisiones al Cuerpo del Señor en esta tierra.

Es que el problema comienza cuando el hombre pretende manejar las bendiciones que provienen del Señor de acuerdo con sus gustos o preferencias, y no en concordancia con la Santa Palabra. Así pueden cometerse toda suerte de desatinos, que sólo traen dolor y heridas a la grey, cuando no mayores rupturas y peleas. Este sufrimiento es traído por mano humana y empobrece la obra del Espíritu Santo, porque la bendición no trae tristeza con ella: puede quebrantar, puede transformar, mas nunca destruir. El ser humano, el creyente, el siervo del Señor, habrá de entender, de una vez para siempre, que Dios no necesita “ser ayudado”... (ni siquiera para que alguien se “caiga” en su presencia...).

En verdad, la unidad de la Iglesia, Cuerpo místico del Señor, se ha visto seriamente perjudicada por las intervenciones humanas en los sucesivos avivamientos, y ello pudo haber ocurrido, aun sin saberlo, por la carencia de una sólida experiencia escritural. La división de la iglesia es una deuda pendiente para todo siervo de Dios que se precie de serlo, porque Cristo no vendrá para unir a los suyos, sino que volverá a buscar a su esposa *sin mancha y sin arruga*.

Haciendo caso omiso de estas consecuencias indeseadas del avivamiento reformador protestante, queremos llamar la atención al hecho de la relevancia que tuvieron en él las Sagradas Escrituras. Con el tiempo, el fervor fue diluyéndose, y aunque es claro que el creyente desde entonces se ha caracterizado por su apego a la Palabra de Dios, no es menos cierto que el estudio serio, concienzudo, cabal y profundo muchas veces cedió paso a tendencias más facilistas, propias de una época cuya inclinación a la lectura y el estudio está francamente en baja.

Hace un tiempo se programó una encuesta en un Instituto Bíblico, en la que se interrogaba a los estudiantes si la salvación podía perderse o no, en el marco de un trabajo de Teología sobre el tema correspondiente. La sorpresa fue recibir respuestas tales como “... yo creo...” “... me parece ...”.

Independientemente del hecho puntual de adherir a una corriente teológica o a otra: ¿Qué tipo de respuesta es “yo creo”, “me parece”? La respuesta debió haber sido: “La Biblia dice así”. Es que de pareceres está lleno el mundo de las sectas, con su interpretación alocada de versículos sueltos. La Palabra de Dios dice que su pueblo fue llevado cautivo a causa de la falta de conocimiento (**Isaías 5:13**), y también que fue destruido por la misma razón (**Oseas 4:6**). La

destrucción y el extravío son posibilidades que deberían tomarse en cuenta más seriamente a la hora de pastorear un rebaño o de brindar cobertura espiritual, no sea que la historia se convierta en la de los ciegos guías de ciegos...

Es verdad, uno puede equivocarse: la inerrancia no pertenece al ámbito de lo humano. Sólo Dios es infalible, y quien diga lo contrario ya está errando. Sin embargo, así y todo, sólo hay *una* posibilidad de andar por la buena senda, y ella se encuentra en las páginas de la Santa Palabra divina. La Biblia es el único parámetro fijo al que poder acudir en busca de respuestas. El Señor tuvo que proveerse de un medio objetivo, más allá de la propia subjetividad humana empañada por el pecado. Para ello inspiró a los hombres de otro tiempo, y los dotó especialmente para esa tarea, preservándolos de error. Así dejó escrita para todas las edades la única regla de fe a la que no hay que agregarle nada ni quitarle nada: sólo escudriñarla, y obedecerla.

Es que, verdaderamente, no existe otra fuente: no se puede ejercer un liderazgo si no se ama entrañablemente la Palabra, si ella no pesa en la vida espiritual, si no es el libro de texto preferencial. La Biblia no es un libro más en el que se hallan bellas historias: es una fuente de agua viva en constante movimiento, cuyo poder es para siempre inagotable. Dios ha hablado, y todavía lo hace hoy desde estas páginas, y el siervo de Dios en cualquier área debería no poder vivir sin este alimento espiritual.

En la vida ministerial es valioso tener sentires y emociones que impacten la vida y el corazón: ¿Quién no se ha sentido invadido por un profundo sobrecogimiento en la santa presencia del Señor? ¿No es una experiencia transformadora la vida de comunión personal y diaria con Dios? Así y todo, nada debe sustituir a la lectura vivificante del Libro de Dios: en él se encuentra todo lo necesario para el peregrinar por esta tierra.

Los sentimientos son válidos y bellos, pero no son un fin en sí mismos. Es que ellos pueden brotar de la propia subjetividad, pueden ser engañosos, como el corazón, pueden no provenir de Dios, o simplemente, pueden acabarse... y si esto ocurriera ¿Dónde iría a parar la vida que puso sólo en ellos su confianza? Está bien sentir, tener opinión, gozar de emociones y experiencias, aunque inmediatamente habrá que respaldar todo esto con las Sagradas Escrituras: no hay otro camino.

Desgraciadamente, en la realidad se comprueba el gran desconocimiento y desapego que existe en algunos por la Palabra del Señor. Algunos, ni siquiera han podido completar el periplo entre la tapa y la contratapa, quedándose a medio camino boyando en quién sabe qué genealogía...

El ministerio apostólico puesto sobre otros para cubrir y edificar deberá, sin excusa, ser un enamorado de la Biblia. Deberá conocerla a fondo, volviendo a ella día a día en busca de alimento. Su lectura tampoco habrá de ser como la de un científico en su fría disección de un ejemplar extraño, sino más bien la del alma sedienta, que se acerca a ella como el ciervo a las corrientes de las aguas.

Este contacto con la Palabra de Dios implica no solamente su lectura devocional continuada, sino su estudio detenido y minucioso, que echa mano de todos los

auxiliares posibles para hacer más completa y acabada su interpretación, y todo ello rociado abundantemente con oración y súplicas para que sea el Señor, por sobre toda otra cosa, el que vaya iluminando el corazón.

- **Genuina libertad del Espíritu Santo**

En este apartado debemos observar la contracara de la moneda: puede ocurrir el caso de un apóstol realmente aprobado en el requisito anterior, que ame profundamente la Palabra, que sienta devoción por ella, que sea un maestro o un erudito, pero que desconozca el *poder* de Dios. Esta es en verdad una situación muy triste. El Señor Jesucristo atribuyó el error a dos grandes ignorancias: la del que desconoce las Escrituras, y la de quien no sabe del poder de Dios: **“Entonces respondiendo Jesús, les dijo: Erráis, ignorando las Escrituras y el poder de Dios.” (Mateo 22:29)**

Es que una cosa no puede ir sin la otra: la Palabra sin poder y el poder sin Palabra. La Palabra sin la libertad del Espíritu Santo, y la manifestación carismática sin respaldo de las Escrituras. En este último caso, se puede llegar a extremos muy peligrosos que nada tienen que ver con lo espiritual, como ha de comprobarse con estupor en ciertos sectores cristianos de hoy en día.

Si en cambio es la Palabra que se da la que no va acompañada del Espíritu Santo, el resultado tampoco es demasiado beneficioso.

Existen tres manifestaciones definidas de la Palabra de Dios: una es la Palabra del Señor en boca del diablo, otra es la Palabra de labios de quien no conoce el poder divino, y muy otra es la Palabra dada espiritualmente.

En efecto, tenemos un ejemplo paradigmático en las tentaciones de Jesús (Mateo 4; Marcos 1 y Lucas 4): el Señor Jesucristo fue llevado al desierto por el Espíritu para ser probado, para lo cual el enemigo utiliza nada menos que la Palabra de Dios. Cristo sabía que eso, aunque lo pareciera, no era verdadera Palabra de Dios, porque quien se servía de ella era el padre de mentira... Sonaba como las Escrituras, pero le faltaba algo.

Sus Palabras son espíritu y son vida (**Juan 6:63**), y Cristo ya lo había advertido: esta palabra no tenía ni espíritu ni vida. Era la voz del diablo manoseando la Escritura. Frente a ello, sólo cabe resistir con la verdadera Palabra divina, y así lo hizo Jesús. Del mismo modo habrá de hacerlo cualquier creyente frente a las insinuaciones del diablo, por más tentadoras que ellas aparezcan. Tristemente, demasiadas veces el cristiano es turbado, engañado o desviado por las palabras que el adversario musita en sus oídos, a veces tocando fibras íntimas, abonando la auto conmiseración o el orgullo...

Sin embargo, si es de la boca del diablo no hay ningún problema: el avisado, el que está bien pertrechado para salir a la lid reconoce de lejos lo que es solamente una copia, y la resiste, se aparta, y no es engañado...

La segunda opción es también bastante habitual: la de quien da la Palabra, pero lo hace en la carne, porque no se centra en la exacta voluntad de Dios, o porque no proviene directamente de ella sino más bien de los intereses personales, que aunque sean muy bien intencionados, nunca traspasarán el umbral que va de lo

carnal a lo espiritual. Son mensajes en los que el “yo” está más entronizado que la gloria divina... Parecen Palabra de Dios, pero no tienen vida, no tienen espíritu, no llegan al corazón: son como moldes huecos, vacíos por dentro, que nunca alcanzan a producir el efecto deseado.

Se predica mucho, en todos lados, y de las formas más diversas... Pero Palabra de Dios, espiritual y profunda, tal vez muy poco. Si sólo se vierten “letras”, probablemente ellas maten. Si en cambio se acompañan de Espíritu Santo, seguramente vivificará a todos cuantos las oyen.

De manera, entonces, que esta es una cuestión muy importante: no es suficiente con ser un maestro en la Palabra y la oratoria. Es necesario también ser capaz de moverse en una genuina libertad del Espíritu Santo.

De esta forma, y no de otra, la Iglesia tendrá la seguridad de recorrer el camino correcto: ni “espiritualismo” desprovisto de sustento bíblico teológico, ni frío legalismo escritural apartado de la frescura del Espíritu Santo: dos claves que se presuponen la una a la otra, se necesitan, se llaman, se complementan.

La historia de los movimientos cristianos ha dado a luz cantidad de ejemplos de aquellos que habiendo empezado en el Espíritu, con gran poder y maravillosos resultados, hubieron terminado en la carne, por las razones que sean. En ocasiones, esos grandes y preciosos moveres fueron cediendo lugar, de modo tal de llegar al extremo de que la organización los ahogue: lo ritual, lo legal, lo estructural no debería regir a lo espiritual, sino más bien a la inversa, aunque de hecho, muchas veces las cuestiones humanas aplastan al prístino mover del Espíritu Santo.

Al fin y al cabo, habrá que tener bien en claro el hecho de que si un movimiento ha producido un avivamiento espiritual de dimensiones en el pasado, eso no garantiza que perdure para siempre en el caso de que repitamos las mismas cosas e idénticas conductas a modo de rituales. Lo importante no es cómo se manejó el mover ayer, sino como uno está caminando en el día de hoy: el esplendor del día anterior jamás asegurará el éxito presente... Si en el momento actual se abandona el fluir del Espíritu Santo, de nada valdrá el manantial ya pasado.

Abram había escuchado la voz de Dios que le hablaba, y por fe decidió salir de Ur de los caldeos: toda una decisión la del patriarca. Dejar la comodidad de todo cuanto tenía, y sin ver, hacer como que veía lo que Dios le había prometido. Lo heroico de su salida y de su andar peregrinando era muy importante en cierta forma, aunque en aquel momento en que Dios le pidió a Abraham que sacrificara al hijo de la promesa, a su único, Isaac, su obrar de ayer no era suficiente: importaba la respuesta de ese momento. Y en ese instante, el padre de la fe actuó en el Espíritu, tal cual como se esperaba de él.

¿Qué hubiera sucedido si Abraham se rehusaba? Tal vez mucho, tal vez nada. Dios se hubiera encargado de cumplir sus propósitos de todas formas. Aunque él, el padre de multitudes, hubiera dejado de caminar espiritualmente para transitar las veredas de la carne... De nada le hubiera valido su maravilloso pasado si en ese instante abandonaba su camino de fe...

Este andar espiritual que conviene a todo hijo de Dios, pero que es vital y excluyente para un ministerio, máxime si es el apostólico, habrá de ir renovándose día por día, en un continuo ir y venir de la comunión con el Padre, dejando que sea El, y no la propia intuición la que gobierne, permitiendo que Dios guíe cada mínimo paso, más allá de la habitualidad, por encima del profesionalismo que cada uno pudiera haber adquirido en el servicio.

Ahora bien, será bueno aclarar, nunca el dar libertad al accionar del Espíritu Santo podrá utilizarse como licencia para cualquier desvarío: el siervo fiel hará siempre un uso equilibrado y piadoso de todos los dones y manifestaciones carismáticas.

La experiencia nos golpea el rostro con la triste realidad de que hace más daño un hermano que manipula o mal usa las manifestaciones del Espíritu que aquel que directamente no cree en ellas. Puntualizamos de entrada nuestra postura favorable a todas las señales, prodigios y milagros que encuentran cabida en el marco de las Sagradas Escrituras. Sin embargo, no podemos estar de acuerdo nunca con el manoseo que en los hechos se hace de ellos. ¿Respaldará el Señor cuando se realizan ofrecimientos indiscriminados como si los milagros estuvieran en remate, próximos al mejor postor? ¿Sana el Señor por la palabra del que ora o por su voluntad soberana, libre y exenta de presiones? ¿Quién aceptaría el desafío de acompañar de vuelta a casa a alguno que hubiera quedado malherido y decepcionado al no obtener el beneficio esperado?

La fe no es mágica como algunos demuestran considerarla. La fe no es una creencia antojadiza y caprichosa. La fe, en fin, no es un disparo al aire, sin rumbo y sin propósito. Pruebe el lector pedirle a un monte que se corra al mar...

La fe, sin embargo, es operativa y tiene siempre un objeto: se tiene fe en algo, y ese algo deberá ser, indefectiblemente, aquello que Dios haya dicho: si el Señor me dice que le pida a un monte que se zambulla en el mar, deberé ejercer fe sobre eso, y Dios, que todo lo puede, me respalda... De no ser así, en vano gritaré y daré órdenes: nada va a pasar.

Si Dios dice que obrará un milagro: ¡A proclamarlo! Él lo hará seguramente. Si no se está seguro de que Dios lo haya dicho, habrá que guardar silencio. El estar callado será definitivamente más sabio y más poderoso.

El apóstol, de esta suerte, deberá conocer y amar la Palabra de Dios, y habrá de conducirse con soltura en la genuina libertad del Espíritu Santo, manejándose con seriedad y santo temor de Dios en todo lo que atañe a las manifestaciones carismáticas.

- **Amor por la Iglesia local**

Es verdad que el verdadero apóstol de Jesucristo, el real siervo aprobado, deberá dar muestra cabal de tener un profundo amor por la obra, de modo tal de trabajar y poner empeño, ganas y oración procurando llegar a la tan ansiada unidad del cuerpo de Cristo.

Aunque no es menos cierto que hay algunos peregrinando de iglesia en iglesia, siendo “ciudadanos de la Iglesia Universal”, creyendo que esta es la forma correcta de alcanzar la unidad de la fe. Son supuestas ovejas del Pastor de los cielos, reportan sólo a Dios, y debajo de Él a nadie... En verdad, los tales sólo destruyen la unidad perseguida, porque ni siquiera han podido dar el primer paso de obediencia y sujeción a un núcleo determinado de hermanos: pretenden pertenecer a una entelequia, porque es más fácil y menos comprometido que sujetarse a hermanos de carne y hueso, reales, que el Señor haya levantado como autoridad sobre ellos. En última instancia, no se congregan, no dan cuentas a nadie, no diezman, ni cumplen con ningún requisito prescrito en las Sagradas Escrituras. Los tales, poco o nada podrán aportar a la unificación del Cuerpo místico del Señor.

Quien haya sido llamado a liderar a la grey del Señor, quien haya sido levantado para un ministerio apostólico, de cobertura, o simplemente quien tenga la carga de orar por los ministerios que Dios haya puesto sobre sí, deberá necesariamente sentir una vocación profunda hacia la unidad, y un amor probado hacia la Iglesia local.

El Cuerpo de Cristo no es un todo desarticulado e inconexo, dividido y subdividido por luchas internas, por espacios de poder, por retazos de doctrinas. El Cuerpo de Cristo es uno, y esta es una asignatura pendiente que la Iglesia debería aprobar cuanto antes. Luchar por la unidad no es pretender lograr alrededor de uno mismo: muchos hay creyéndose con derecho a ser el centro del círculo... Vanaglorias, ambiciones, alto concepto propio: todo cabe en el engañoso corazón humano.

Estar bregando por la unidad es estar dispuesto a negarse uno mismo, es estar presto a morir cada día, es estimar valioso el amor al prójimo por sobre el propio, es ser capaz de poner la otra mejilla, de seguir otra milla todavía, de dejar gustoso la capa y la túnica...

En este contexto, la congregación local es la real prueba de amor para un cristiano. El amor en abstracto no se comprueba. Se cumple en lo concreto, con el que a uno le agrada como con el que no, con la continuidad de cada día, con los días buenos y los de los otros... Es como en la pareja: si los cónyuges se ven cada tres meses, probablemente piensen que se aman y no sea así. En la convivencia diaria se confirmará si esto es cierto: el esposo y la esposa habrán pasado antes por el Registro Civil para prometerse amor y para comprometerse mutuamente, y este compromiso será para siempre...

Amar al Cuerpo de Cristo, desear la unidad de la Iglesia, es comprometerse y responsabilizarse con la Iglesia local, concreta, a la que uno pertenece, y a la vez no perder de vista a la Iglesia Universal que el Señor ha de venir a buscar en la encrucijada de los tiempos.

El ministerio apostólico, tal como fue en los tiempos bíblicos, es un ministerio fundante, de establecimiento de Iglesias. La extensión del Evangelio en los albores de la Iglesia se debió al celo evangelístico demostrado por los apóstoles en sus continuos viajes levantando testimonios por doquier a su paso. Sin

embargo su tarea, como la de los apóstoles en la actualidad, no se agotaba en la fundación de una congregación. Ese era sólo el comienzo: los apóstoles quedaban unidos a ellas por un vínculo fraternal, de amor en Cristo, de cuidado pastoral, de cobertura paternal. Porque cada iglesia local contaba. No era cuestión de números, estadísticas y “éxitos”: cada congregación local era y es como una hija recién nacida que requiere todos los cuidados y los afectos.

A lo lejos, puede ser un espectáculo incomparable una gran alfombra de flores sobre la ladera de una montaña: un tapiz digno de un talentoso artista... Aunque de cerca, podrá verse que el mismo está compuesto por infinidad de pequeñas plantas, que reclamarán cada una para sí del agua, del aire, y del cuidado suficiente...

Sin congregaciones locales no hay Iglesia Universal: amarlas, cuidarlas, protegerlas y velar por su salud y su alimento, será estar contribuyendo para aquel gran momento cuando Cristo venga a buscar a su esposa “... **a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha.**” (Efesios 5:27)

Los apóstoles que el Señor está buscando tendrán un profundo conocimiento de las Sagradas Escrituras, se moverán en una genuina libertad espiritual, y harán del amor a la iglesia local un motor para su ministerio cotidiano.

- **Profunda vocación misionera**

Desplegado sobre la misma línea del amor por la iglesia local, pero en el extremo opuesto del péndulo, se halla el amor por la obra misionera, y la vocación que de este amor se desprende. Los apóstoles de la Biblia lo sabían muy bien porque el Señor, que los preparaba para tan magna tarea, ya se lo había anticipado: “**Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin.**” (Mateo 24:14) Tan grande ha de ser el amor por la iglesia local como por las misiones en general, porque el mundo y la creación toda están aguardando la manifestación de los hijos de Dios (Romanos 8:19).

Ahora bien, es necesario puntualizar a priori cuál es el orden de importancia en las motivaciones para la obra: el versículo que citábamos más arriba hace referencia al “evangelio del reino”, el cual deberá ser predicado hasta lo último de la tierra antes de la segunda venida del Señor. Es importante llamar la atención acerca de que este evangelio no es uno cualquiera, sino el del “reino”, es decir un evangelio que proclama a un Rey, a un Señor, soberano, amo absoluto, dueño de todo, principio y fin... No un evangelio de ofrecimientos, aunque sin lugar a dudas nos ofrece lo máximo que alguien pudiera ofrecer: salvación y vida eterna. Este es un mensaje que pone el acento en Dios, antes que en los hombres. Es cristocéntrico y teocéntrico antes que antropocéntrico: traspone las fronteras del simple humanismo, y va más allá.

La prioridad uno en la predicación del evangelio no es la salvación del hombre, sino la gloria de Dios. Es así que deben proclamarse las buenas nuevas primero

por amor a Dios, y segundo por amor a las almas. O mejor, por un amor a las almas que nace de un profundo amor a Dios.

Si el amor por los que se pierden es un fin en sí mismo, ¿Cómo podrían interpretarse los siguientes versículos?:

“Porque yo ampararé esta ciudad para salvarla, *por amor de mi mismo*, y por amor de David mi siervo.” (Isaías 37:35)

“Todos los llamados de mi nombre; *para gloria mía* los he creado, los formé y los hice” (Isaías 43:7)

“Pero él los salvó *por amor de su nombre*, para hacer notorio su poder” (Salmos 106:8)

“Oye, Señor; oh Señor, perdona; presta oído, Señor, y hazlo; no tardes, *por amor de tí mismo*, Dios mío; (...)” (Daniel 9:19)

Estos, y muchos otros versículos que podrían citarse, dan cuenta de que la gloria de Dios y el amor a él son la correcta causa eficiente, de una correcta predicación del evangelio. Si pueden poner en orden las prioridades de acuerdo con un enfoque bíblico, se estará un poco más cerca de llegar a lo último de la tierra predicando el reino. El amor a los hombres que fluya de un genuino y desinteresado amor a Dios, traspasará las fronteras de lo humano, convirtiéndose virtualmente en un canal del amor divino. Porque Dios busca adoradores, gente que le ame, y no simplemente cazadores de beneficios.

La obra misionera así planteada reformula los objetivos, y con ellos, todos los “métodos” y “estrategias” que se desee implementar: se busca la gloria de Dios y se lo entroniza. Jamás la gloria personal, nunca los éxitos numéricos. Si plantamos o regamos, siempre el crecimiento lo dará el Señor.

Ahora bien, el amor por la obra misionera indefectiblemente deberá ir de la mano del amor por la iglesia local. Demasiados hay prometiendo hacer grandes obras y tremendos sacrificios en alguna misión lejana, mientras en su congregación local son incapaces de levantar un papel del piso... Son como los que dicen que aman al Señor, a quien no han visto, pero evidentemente no aman al hermano que tienen al lado...

La obra misionera tampoco es un departamento dentro de la iglesia, donde se juntan datos, se ven diapositivas y se ora una vez por semana: la obra misionera es una forma de *vivir* de la iglesia, es una forma de *pensar* la iglesia. Es parte de la visión de la iglesia como tal: con un ojo velamos por la congregación local, mientras con el otro miramos por las misiones más allá de las cuatro paredes que nos son habituales.

Si amamos la iglesia local pero nuestro corazón está cerrado a la obra misionera, tal vez esté anidando en nosotros alguna especie de egoísmo, o en el mejor de los casos sólo una falta de amplitud que retarda la venida del Señor...

En tiempos de Eliseo hubo una gran hambre en la tierra a causa del sitio que puso el rey de Siria. Unos leprosos, hambreados y en riesgo de su vida, decidieron volver al campamento sirio por comida. Al llegar comprobaron

azorados que sus enemigos habían huído, oyendo el galopar de unos inexistentes caballos del ejército de Dios que se acercaba. Era el Señor que los ponía en fuga, y en su carrera alocada dejaron todo cuanto poseían. Los cuatro leprosos se habían salvado. Encontraron suficiente sustento para ellos y para todos los que habían quedado en Samaria... pero no se preocuparon de los tales: tan ocupados y satisfechos estaban con la bendición que habían recibido, que hasta pensaron en esconderla. Planeaban quedarse solos, abrigados y bajo el nuevo techo que Dios les había provisto... Pero de pronto:

“Luego se dijeron el uno al otro: No estamos haciendo bien. Hoy es día de buena nueva, y nosotros callamos; y si esperamos hasta el amanecer, nos alcanzará nuestra maldad. Vamos, pues, ahora, entremos y demos la nueva en casa del rey.” (2ª Reyes 7:9)

Cada cristiano en general, cada congregación en general, pero especialmente cada ministerio en particular es simbólicamente como estos protagonistas de la historia: una vez han recibido satisfacción a su alma, se pueden quedar calentitos, al abrigo de las bendiciones, o pueden abrirse a los que todavía están “sitiados”, con hambre, esperando las buenas nuevas...

A la obra misionera deberán dirigirse los mayores esfuerzos, los mejores hombres, los más grandes recursos, con liberalidad, con desinterés, sin egoísmos ni temores. Como en todo en el camino del cristiano, a quien da se le dará más, y a quien pone algo, se le devolverá con creces.

La obra misionera es una manera de vivir de la iglesia, que sabe que debe predicar el Evangelio del Reino hasta lo último de la tierra, para que entonces venga el Señor a buscar a su esposa.

El apóstol habrá de tener suficiente lugar en su corazón para amar, velar y desvelarse por la congregación local, y a la vez apreciar y trabajar por la extensión del evangelio en el mundo, y si todavía no lo ha hecho, bien hará en extender el sitio de su tienda, y sin escasez, ampliar la mirada más allá, hacia un mundo doliente y sin Dios, para gloria de su santo y bendito Nombre.

- **Correcta visión de la unidad de la Iglesia**

En la era del tan mentado ecumenismo, proponer la unidad de la Iglesia como una necesidad insoslayable, parecería ser una obviedad del todo innecesaria. Sin embargo, una visión correcta de la unidad de la Iglesia no es exactamente la ecuménica, porque las Sagradas Escrituras no nos empujan a pasar por alto nuestras diferencias sustanciales en pos de una mentida “salvación universal” o de una inconsistente “hermandad general”, como si por fin las distancias que nos separaron allá por la Reforma, estén prontas a desaparecer o a diluirse para hacerle un favor a la unidad. En rigor de verdad, todos los que hemos nacido de nuevo, quienes hemos experimentado el poder salvífico de la sangre redentora de Jesucristo, quienes hemos pasado de muerte a vida por la cruz y la conversión, recibiendo por fe mas de pura gracia el don de la salvación eterna,

estos sí, y sólo estos, somos llamados a ser uno, formando parte de la Iglesia que es un sólo cuerpo, el del Señor Jesucristo.

Se puede buscar la unidad por múltiples circunstancias, todas ellas válidas: para organizar un evento determinado, para “ganar la ciudad”, para hacer frente como un bloque monolítico a cuestiones sociales, políticas, comunales o programáticas o para defenderse de alguna persecución. Y no está mal.

Aunque, sin embargo, estas legítimas razones no alcanzan para llenar el verdadero sentido bíblico de la unidad de la fe, de la unión definitiva del Cuerpo de Cristo. El fundamento único, decisivo y absoluto por el cual se ha de luchar por la unidad de la Iglesia es que Dios quiere que seamos uno. No “uno para algo”, sino sólo y simplemente uno, porque es su voluntad... y el mundo así creará. Las demás cuestiones son aleatorias, añadiduras, “extras”. Son consecuencias y no causas de la unidad.

Para llegar a ser uno hay que trabajar en lograrlo. En primer lugar, se debe *compartir*, se necesita *convivir*, es deseable *cooperar*. No se puede lograr la unidad de a uno. Mucho menos poniéndose uno mismo en el eje alrededor del cual habrán de girar los demás. Es indispensable la actitud de Cristo, que se despojó a sí mismo, que no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, que se negó, que puso la vida, que sufrió por todos, que fue vicario... Y mientras tanto, hay que establecer relaciones, fomentar amistades, compañerismos, respeto, conocimiento mutuo...

Si de verdad se desea llegar a la unidad de la fe en la iglesia toda, el ministro del Señor, el profeta, el pastor o el maestro deberán dar muestras cabales de compromiso en este sentido... y cuánto más el apóstol, en tanto y en cuanto su conducta y su fe habrán de ser imitadas por los demás ministerios.

El Cuerpo del Señor está lastimado y herido por tantas y tan variadas divisiones que le hemos asestado... y el problema es que no lo terminamos de ver así, y la unidad no nos preocupa preferentemente, o nos preocupa mal... Cuentan de un siervo del Señor que había soñado con la unidad, pero su sueño era como el de José con sus hermanos, y la tal unidad se haría alrededor de él... Más allá del problema de actitud de este hermano: ¿Cuándo podremos comprender en plenitud que la unidad trasciende las fronteras institucionales, denominacionales, raciales o idiomáticas? El cuerpo de Cristo es más que la organización, por más grande, poderosa, sólida o espiritual que ella aparezca.

Hasta tanto no seamos sensibles al dolor del Señor por las divisiones, nunca podremos adquirir una correcta visión de la unidad del Cuerpo de Cristo, y tampoco, y por lo mismo, podrá brotar de nuestro corazón un genuino clamor para que el pueblo sea uno, o por lo menos empiece a caminar derecho hacia esa meta.

El líder, el apóstol, habrá de amar esta unidad que proponen las Escrituras, la cual no es ni uniformidad, ni una estructura de poder que abriga en sí misma a todos los contrarios... La unidad en el Espíritu es mucho más que esto, y no se logra, por tanto, sólo con esfuerzos humanos. Aun así, la verdad en su punto, sin

el empeño de cada uno nunca podrá ser posible, porque aunque El podría, sin embargo no quiere realizarla a pesar nuestro, sino *con* nosotros.

El siervo habrá de estar dispuesto a sufrir por esta unidad, tal cual ocurre en el matrimonio: es verdad que todos los tiempos no son iguales, y en algunos momentos los esposos deberán capear el temporal, en amor, con paciencia, tolerancia y misericordia. Algunos habrá que nunca padecen por preservar una relación: pero puede ser que no sufran porque tienen el corazón cerrado, se han revestido de una coraza, o simplemente los ha ganado la indiferencia. Ninguna de estas tres posibilidades es buena para el cristiano que desea permanecer en Él y andar como Él anduvo. Al fin y al cabo las tormentas pasan, y salir victoriosos de ellas siempre es de bendición y fortalecimiento de la unidad en Cristo.

Frente a una relación conflictiva entre ministerios o entre cristianos, uno puede cerrarse, darse la vuelta y alejarse. Pero quien así lo hace estará haciendo prevalecer su opinión sobre la otra, su interés sobre el del otro, sus derechos sobre los ajenos: muy humano, aunque poco cristiano.

Podríamos citar innumerable cantidad de textos bíblicos que abonen nuestra postura, desde Génesis a Apocalipsis: el camino de la cruz se respira de la primera a la última página de las Sagradas Escrituras. Sin embargo, nos contentaremos con uno que, de llevarlo a la práctica, verdaderamente haría cambiar el perfil a más de una iglesia cristiana:

“En esto hemos conocido el amor, en que El puso su vida por nosotros; *también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos.*” (1ª Juan 3:16)

Si el apóstol está debidamente preparado teológica y bíblicamente, sabrá (y lo pondrá por obra), de la necesidad de moverse en el Espíritu. Amará entrañablemente la iglesia local a la que pertenece, con todo lo que ello supone, y no perdiendo jamás de vista la extensión de la obra misionera, empeñará luchas y desvelos hasta conseguir la unidad de la fe y del cuerpo de Cristo, hasta que el Señor venga a buscar a su esposa.

- **Disposición para el servicio**

“(...) como el Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos.” (Mateo 20:28)

El Señor Jesucristo está hablando a sus apóstoles, en especial a Santiago y Juan quienes, parece ser, se veían acreedores a un lugar de preeminencia al lado de Él. El maestro, en lugar de adular su ego, les da una lección “teórico práctica” que jamás olvidarán: si Cristo vino a servir y a poner la vida, sus seguidores no podrán aspirar a menos.

Es que el que está llamado a un ministerio apostólico, o a uno de cualquier tipo, deberá estar dispuesto a servir como el Señor lo hiciera. Lo cierto es que muchos acompañaban al Señor en los tiempos de su popularidad, cuando obraba maravillas y portentos... Aunque pocos quisieron acompañarlo en el sufrimiento de la cruz del Calvario... hasta Pedro se quería marchar.

Vivir una vida amparada en el poder maravilloso de la Cruz es estar dispuesto a morir cada día de muerte injusta, es considerar siempre al hermano como superior a uno mismo, es acudir presuroso a servir como lo hiciera el Señor, a gente indigna que nada merecía...

Es verdad que el apóstol no deberá estar ocupado en todas las cosas, porque siendo humano, nunca podrá abarcarlo todo. Sin embargo, el día que ese ministro considere que un servicio es demasiado bajo para su calidad de ministerio, algo insignificante en comparación con su investidura, quizás un poco degradante para su dignidad... ese día, lamentablemente, su ministerio habrá fracasado: en algún recodo del camino se habrá extraviado de la ruta correcta por la que transita Cristo.

El que no sirve para ceñirse la toalla no sirve para el servicio... Aunque suene algo redundante...

Si anhelamos el púlpito para nuestra vida: ¿Estamos igualmente dispuestos a hincarnos para asear un baño?

El servicio va más allá de una cuestión práctica: es un asunto del corazón, de disposición del corazón, que luego se reflejará en la práctica. Algunos hay por el mundo queriendo imitar a Jesús en su gloria, cuando lo seguían multitudes... quién sabe unos pocos se atreverán a acompañarlo hasta Getsemaní o al Gólgota.

El mismo Cristo que resucitó a muertos y calmó las tempestades es el que también aconsejó: **“Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas.” (Mateo 11:29)**

Podemos aprender de su poder... aunque no deberíamos olvidar que ese poder mana hacia nosotros **desde la cruz**, y los cristianos de todas las edades están invitados para siempre a vivirla.

Hay demasiado orgullo dentro de toda la Iglesia del Señor de estos tiempos, abundan más de lo recomendable la altivez y la petulancia... En la iglesia. En nosotros.

Cuando nos servimos los unos a los otros en amor y humildad algo se rompe dentro del corazón y da paso a la formación de su imagen en nuestra vida, y si permitimos que la semilla caiga en tierra y muera, seguramente habremos de llevar mucho fruto.

Como siempre, el ejemplo por antonomasia lo tenemos en el Señor:

“(...) se levantó de la cena, y se quitó su manto, y tomando una toalla, se la ciñó. Luego puso agua en un lebrillo y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a enjuagarlos con la toalla con que estaba ceñido.

(...)

Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros.

Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis.” (Evangelio de Juan 13: 4, 5, 13, 14)

Sin un corazón manso y humilde, quebrantado, que sabe y quiere servir, todos los requisitos que anteceden no alcanzan: la autoridad que proviene de una vida conforme al corazón de Dios no puede reemplazarse con nada.

- **Sujeción**

No hay humildad sin sujeción. Ni sujeción sin humildad.

No hay autoridad sin sujeción... Ni autoridad sin humildad...

Son atributos que se presuponen, características que se alimentan la una a la otra.

El que es humilde escucha. El que es humilde respeta. Quien es humilde, en fin, se sujeta. El mayor inconveniente para la sujeción es la soberbia. Ni las convicciones, ni la visión, ni la verdad: sólo el orgullo, que hace creer a la persona como superior a la autoridad.

Tenemos como ejemplo al rey David, teniendo que sujetarse a un hombre carnal como Saúl. ¿Acaso perdió él su unción por seguir sujeto a un hombre poco espiritual? De ninguna manera: fue más rico que nunca.

Porque los dones, y el llamado, y los talentos, y el carisma no son nada si no mora el Espíritu de Cristo en el corazón. El Señor está cerca de los quebrantados de corazón, habita con los humildes que tiemblan a su Palabra, pero desecha a los soberbios... Por más unción y avivamientos maravillosos que puedan producirse, esta premisa jamás pasará de moda, porque debemos apuntar a ser como Él fue en este mundo.

Creemos firmemente que el Señor tiene un gran problema con la soberbia de sus hijos. El Espíritu Santo se derrama pródigamente, obra portentos y maravillas y ocurre que la iglesia se divide en medio de estos avivamientos históricos. ¿Por qué? Por la soberbia del corazón humano que no bien toma un poco de vuelo cree estar tocando las nubes.

Dios quiera que aunque olvidemos todas las características que preceden, sin embargo podamos atesorar esta enseñanza: tendremos un tesoro. El cristiano en general, y el ministro del Señor en particular deberá tenerlo cada día como meta: ser manso y humilde, servir a los hermanos, estar sujetos los unos a los otros.

El apóstol, el pastor, necesita desarrollar su ministerio con un corazón contrito y humillado: así no habrá malos tratos a la grey ni cuestiones carnales, y además vivirá sujeto y bajo autoridad en toda mansedumbre.

Los verdaderos apóstoles habrán de estar sujetos, sometidos unos a otros, muertos a la carne, muertos al pecado, pero llenos de gracia y de unción del Espíritu Santo.

El Señor fue manso, humilde y obediente hasta la muerte, y puso su vida por quienes no lo merecían, por los malos, por los enemigos y por los pecadores, y nosotros hemos sido llamados a imitarle.

El apóstol que no vive en sujeción nunca puede reclamar para sí que los demás se le sujeten. El apóstol que no está sujeto, más tarde o más temprano hallará su autoridad menoscabada.

El mundo está reclamando la manifestación de hombres de Dios, llenos del Espíritu Santo, mansos, humildes, sujetos, experimentados en la Palabra, espirituales, con vocación de unidad, con amor por la obra misionera y por la iglesia local. Personajes mesiánicos, orgullosos y arrogantes, sobran en el mundo. Pero su obra se quemará pronto como seca hojarasca. Mientras tanto, la Iglesia del Señor, el cuerpo místico de Cristo aquí en la tierra sigue marchando triunfalmente ...

Hasta que EL venga.

Capítulo 6

El Ministerio Apostólico en el marco de los avivamientos

(Basado en una exposición del Pastor Jorge Pradas)

Si hemos de considerar al Ministerio Apostólico como un ministerio de gobierno de la Iglesia del Señor, que fue establecido con el propósito fundamental de edificar el cuerpo de Cristo, encaminando, corrigiendo, encauzando, juzgando si una doctrina o una conducta tienen o no apoyo escritural, etc., podremos advertir, a simple vista, la estrecha relación que existe entre un avivamiento, o los avivamientos, y el ministerio apostólico, en virtud del papel preponderante que el mismo habrá de desarrollar durante estos moveres.

Un **avivamiento** es una visitación especial de Dios a su pueblo, en un acontecimiento notorio, que afecta a gran cantidad de personas a la vez, nunca a una sola, obrando maravillas, portentos, milagros, conversiones, compromisos y mayor devoción, haciendo patente el amor, la gracia, la misericordia, y sobre todo la soberanía de Dios, que obra en su pueblo de acuerdo con su voluntad libre y sin condiciones. Un avivamiento, entonces, en cierta manera, es la irrupción de lo sobrenatural en lo natural, de forma extraordinaria y ocasional.

A la luz de las Sagradas Escrituras se entiende cabalmente cuáles sean en realidad las características y el propósito de movimientos de esta naturaleza. Siempre serán originados en el infinito amor divino, que por propia voluntad desea, y lo lleva a cabo, acercarse a su pueblo. Más allá de los pedidos que los hijos de Dios pudieran realizar para tener estas manifestaciones, siempre el primer paso lo dará el Señor, de su soberana voluntad.

En la Biblia se registran muchos avivamientos, frutos de la paciencia del Señor con su pueblo rebelde y contradictor, evidenciando la premisa que afirma que si le amamos, es porque El nos amó primero. Hubo avivamiento en tiempos de Josías, en tiempos de Ezequías, en tiempos de Esdras y Nehemías y en tiempos apostólicos, por citar sólo unos pocos.

Promesas de avivamientos, también podemos hallar varias: cada profeta que pronunció palabras de juicio, anunció también restauraciones y visitas magníficas del Señor. Escuchemos como ejemplo al profeta Joel: **“Y después de esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones.(...) Y daré prodigios en el cielo y en la tierra, sangre, y fuego, y columnas de humo. (...)”** Joel 2:28 y 30.

Aun así, la palabra “avivamiento” sólo aparece de boca de otro profeta, Habacuc: **“Oh Jehová, aviva tu obra en medio de los tiempos, en medio de los tiempos hazla conocer (...)”** Habacuc 3:2.

Una particularidad general que ha caracterizado a los moveres del Espíritu Santo conocidos como avivamientos, ha sido su aparición y desaparición cíclica o recurrente a través de los tiempos: el avivamiento, o todos los avivamientos hasta ahora, han tenido un comienzo y han tenido un final, a modo de oleadas que llegan a la costa y vuelven a retirarse, no sin antes mojar y arrastrar todo a su paso.

Lo que sucede es que los tiempos de avivamiento son tiempos gloriosos, cuando ocurren muchas cosas trascendentales, cuando la presencia del Señor se vive como algo cotidiano y habitual, y cuando el nivel de los sentimientos se halla muy satisfecho: rebosando. Si de uno dependiera, nunca saldríamos de él. Sin embargo, aunque algunos se empeñen en querer probar lo contrario, por sobre toda otra cosa está la soberanía de Dios que se mueve no de acuerdo con sentires humanos, sino en absoluta libertad.

Es cierto, y así debemos comprometernos a hacerlo, que es bueno desear, anhelar y rogar a Dios por estas manifestaciones sobrenaturales de su presencia. Pero no es menos cierto que ellas no dependerán sólo de nuestros deseos o ruegos, y ni siquiera de nuestra palabra de fe, sino y absolutamente, de su voluntad, su buena voluntad, su perfecta voluntad, su libre voluntad.

Como consecuencia de un grave error de concepto al respecto, sucede que cuando Dios termina de moverse, el hombre no quiere terminar: si el avivamiento no dura, entonces se lo hace durar. De esta suerte, algo que comenzó en el Espíritu, termina en la carne, con todas las nefastas consecuencias que muy probablemente acarree.

Igual que cada vez que el hombre intenta hacer lo que le parece, las derivaciones pueden ser graves. Es cierto que el Señor nos llama “administradores” de sus misterios y de su gracia: **“Así, pues, téngannos los hombres por servidores de Cristo, y administradores de los misterios de Dios” (1ª Corintios 4:1)**

“Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios.” (1ª Pedro 4:10)...

Aunque no es menos cierto que el administrador no es el dueño: sólo trabaja con lo que es de otro, y de acuerdo con directivas del verdadero señor.

El problema se presenta cuando el ser humano intenta manipular las cuestiones espirituales... ¡Como si él supiera mejor que el Señor qué hacer y cómo hacerlo! A veces la petulancia del corazón humano no tiene límites...

Hacia el final de un avivamiento, quedan como efecto residual las cosas buenas y las que no lo son tanto... Las buenas se contarán como conversiones, milagros, liberaciones, manifestaciones del poder de Dios o una gran renovación de los fieles y de la Iglesia toda. Las malas, que crecerán parejo junto a las primeras, y siempre como indeseadas consecuencias, vendrán solamente como fruto de la intervención humana, del error humano, de la manipulación humana...

El ejemplo escritural lo tenemos en la Iglesia de Corinto. Según el relato bíblico, los corintios estaban siendo bendecidos con muchos dones (Caps. 12, 13 y 14) pero, a la vez, la iglesia estaba completamente desordenada. El apóstol Pablo,

haciendo uso de su autoridad apostólica, los exhorta: “... **pero hágase todo decentemente y en orden.**” (1ª Corintios 4:40)

Vivir épocas de avivamiento es muy hermoso. Sin embargo, no hay que perder de vista que junto con lo bueno puede aparecer lo malo y, si no se lo controla, traer gran turbación al pueblo de Dios, fracasos, peleas, disensiones, enturbiando al fin una gran bendición de lo alto y volviéndola en contra.

El ministerio apostólico ha sido establecido por el Señor, y en estos casos, su presencia y actuación es imprescindible. Puede darse el nefasto caso, y de hecho así es, que los beneficiarios de un gran avivamiento dejen colar sentimientos carnales que los lleven a sentirse poderosos, capaces, “hijos del Rey”, a causa de haber sido usados como canales de bendición. De esta suerte, pueden pensarse en condiciones de llevar todo por delante, de vivir por su propia cuenta, de reportar sólo al Señor, quien los hubiera elegido para usarlos tanto... El tal ministro, en algún recodo del camino, dejó olvidada la cruz, y con ella, la humildad, la mansedumbre, el considerar al otro como superior a él mismo, el negarse, en fin, el vivir como Jesucristo, el que no consideró el ser Dios como cosa a qué aferrarse, y se despojó a sí mismo, tomando forma de hombre para morir en una ignominiosa cruz...

¿Puede un avivamiento ser causa de división? Tristemente, la historia lo confirma...

¿Puede un avivamiento ser causa de error doctrinal? Efectivamente, así es.

¿Puede un avivamiento causar tristezas y amarguras? Puede y, de hecho, lo hace.

El Señor lo sabía, y ya había previsto con anticipación los medios adecuados para servir de cauce a las cuestiones espirituales: su Santa Palabra, desde ya, y los ministerios mencionados en Efesios: **apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros**. De entre ellos, capacitará al ministerio apostólico para ejercer autoridad y gobierno en Su Pueblo, trayendo orden cuando impera el desorden, encaminando lo que se ha torcido, apreciando, juzgando, aclarando.

Si la Iglesia no tiene gobierno, si la congregación no tiene autoridad, si los ministerios no están definidos y funcionando plenamente, espiritualmente, y bajo las directivas del Señor, las bendiciones que Él quiere enviar, los avivamientos con los que Él desea visitar a los suyos, los dones que Él determinare derramar, pueden descarrilar en los tropiezos puestos por mano humana, y esto, además de obrar en desconcierto y hasta dispersión de la grey, difícilmente produzca la bendición para la cual fue enviado.

Los avivamientos van y vienen, de acuerdo con los planes inescrutables del Señor. Hoy están, mañana no: lo fundamental será vivirlos a pleno mientras duren, y al acabarse, intentar vehiculizar la renovación y los frutos que él haya dejado.

Los ministerios, en cambio, han sido establecidos por el Señor para todos los tiempos, para que más allá de los avatares y las circunstancias, la Iglesia del

Señor siga caminando a paso firme y decidido, hasta que Cristo se la presente a sí mismo, sin mancha y sin arruga.

El último gran avivamiento

Los avivamientos que se han producido hasta ahora entre los cristianos de todos los tiempos, han estado caracterizados por el derramamiento inusual de bendiciones temporales, esto es, que afectan al individuo en esta vida: renovación, liberación, sanidad, milagros, etc.

Vivir tiempos de avivamiento es muy hermoso: lo deseamos, lo anhelamos, lo necesitamos.

No obstante, así y todo, a la luz de las Sagradas Escrituras estamos en condiciones de esperar por otra clase de avivamiento, el que no será sucedido de ninguno, porque después de él vendrá el fin. Nos estamos refiriendo al último avivamiento que vivirá la raza humana antes de que el Señor vuelva.

En él tendrán su cumplimiento dos promesas que Jesucristo mismo ha hecho, y que hallamos en los siguientes versículos:

“...para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en tí, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste.” (Evangelio de Juan 17:21)

“Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin.” (Evangelio de Mateo 24:14)

Ambos versículos se presuponen mutuamente: para que el mundo crea, primero habrá que ser uno, y para que todos crean, primero habrá que predicarles a esos todos...

Quizás, de aquí hasta el fin, los cristianos veremos muchos avivamientos. Y Dios quiera que así sea, para que el fuego del Espíritu Santo sea encendido permanentemente, y no se apague. Sin embargo, este avivamiento será el último que habremos de esperar: después, llega el fin.

El último gran avivamiento estará dominado por dos cuestiones fundamentales que lo harán único e irrepetible:<R>

- **Unidad:** para que todo el mundo crea, lo dijo Jesús, todos debemos ser uno. Pero verdaderamente uno. No como hasta ahora, sólo unidad del Espíritu, en la que podemos abrazarnos y cantarnos canciones de unidad mirándonos a los ojos, aunque mañana nos separemos porque no podemos ya andar juntos... Unidad de la fe es la que pensó el Señor para los suyos: en ella, todos pensamos igual, sentimos igual, creemos igual, y ya nada nos separa. Ni discrepancias, ni diferentes interpretaciones, ni dogmas, ni doctrinas, ni denominaciones, ni opiniones, ni filosofías... Ya no más unidad en la diversidad, que es, al fin, sólo unidad precaria: unidad total y definitiva. ¿Imposible? Por cierto sí para nosotros, seres humanos falibles, llenos de defectos. Aunque no para Dios, el gran alfarero que puede arrojar el barro de nuevo en la rueda cuantas veces

sea necesario hasta moldearlo como El quiere.<R>El versículo es claro: no es la mejor unidad que podamos conseguir pese a nuestras diferencias, sino una unidad tal como la que hay entre Cristo y el Padre, entre la primera y segunda personas de la Trinidad divina. Seguramente, esto no es fácil de comprender para una mente finita como la humana. No obstante, si no satisface el intelecto, no es problema, porque las cosas del Espíritu han de discernirse espiritualmente.

- **Predicación del Evangelio:** este evangelio que debe predicarse hacia el final no es cualquiera. No es por cierto el de la prosperidad, ni el de las sanidades, ni el de los milagros, ni el de la solución a todos los problemas de este mundo. Es el Evangelio del Reino. En este reino, el Reino de Dios, hay efectivamente un Rey, que no es vasallo de nuestras necesidades, gustos o preferencias. Es un Rey soberano, dueño de todo, amo absoluto, que todo lo ha creado para su gloria, que nos amó por amor de sí mismo, que nos eligió sólo porque quiso y de pura gracia, que nos compró al elevadísimo precio de su propia sangre, y que nos constituyó en Iglesia para que le seamos un pueblo fiel y devoto, separado, que ya no vive para sí, sino para aquel que merece toda la gloria: si su pueblo no le glorifica, entonces lo harán las piedras.<R>Este Reino tiene muchos beneficios: espirituales, materiales, pasajeros y permanentes.<R>Aunque tiene también muchas obligaciones y responsabilidades a cumplir. Hay demasiados creyentes que quieren sólo disfrutar los favores, aunque no están dispuestos a ceder ni un ápice a la hora de las demandas. <R>Cuando llegue este gran avivamiento, la gente en masa conocerá al Señor, se quebrantará, se humillará, cambiará de vida, restaurará el altar de su alma para dar gloria permanente al Dios de toda gloria. Porque este será un avivamiento de santidad y de alabanza, que dejará mucho más que beneficios pasajeros que se circunscriben a esta vida: sus consecuencias serán para toda la eternidad, porque seremos uno, y porque muchos más se sumarán a este uno.

En este avivamiento definitivo habrá al fin una separación, una división, aunque mucho más pronunciada: de un lado las ovejas, del otro los cabritos. A la derecha los que se salvan, a la izquierda los que se pierden.

Los hijos, gozando para siempre del Señor en su gloria, en nuevos cielos y nueva tierra. Los otros, lejos, muy lejos.

En este último y definitivo gran avivamiento, el **Ministerio Apostólico** también tendrá un papel que jugar. Porque fue establecido para que todos lleguemos a la unidad de la fe, hasta que El venga... Y porque el Señor eligió a sus doce para que estuviesen con El... y para enviarlos a predicar.

Capítulo 7

Las señales de un apóstol

(Basado en una exposición del Pastor Jorge Pradas)

**“¿No soy apóstol? ¿No soy libre?
¿No he visto a Jesús el Señor
nuestro? ¿No sois vosotros mi obra
en el Señor?
Si para otros no soy apóstol, para
vosotros ciertamente lo soy; porque
el sello de mi apostolado sois
vosotros en el Señor.”**

1ª Corintios 9:1 y 2

- **Una aclaración preliminar**

Llegados a este punto del tratamiento del tema, y a punto de coronar nuestro estudio con la descripción de las señales que han de tener los apóstoles, conviene realizar algunas aclaraciones acerca de la diferencia entre ser efectivamente un apóstol, y ejercer el ministerio apostólico aun sin serlo.

Como ocurre en el caso de otros ministerios, habrá hombres de Dios que aun no habiendo sido nombrados o ungidos para determinada tarea, sin embargo, de hecho la desarrollan, y con efectividad.

No todo el que profetiza es profeta: Dios puede hablar a través de quien quiera, y en el momento que El lo disponga. Por supuesto que aquel que se ejercite en la profecía llegará a ser profeta si Dios lo ha llamado para ello.

No todo el que está al frente de una congregación es pastor. Pero puede ocurrir que el tal desempeñe su rol con amor y responsabilidad, pastoreando, cuidando, conduciendo y alimentando a la grey. No tiene el título, aunque ocupa el lugar. Sin duda, habrá tenido un llamado, y llegará a ser pastor...

No todo el que predica las buenas nuevas es un evangelista. Sin embargo, puede que tenga capacidad para ello, y si persevera esforzándose en mejorar, llegará a ser evangelista, en la buena voluntad del Señor...

No todo el que enseña es un maestro, aunque si su vocación obedece a un llamado, el tal lo será muy pronto...

Ejercer el ministerio apostólico no implica necesariamente ser un apóstol: se puede cumplir la función, se puede ocupar el lugar, y no ser aun cabalmente un apóstol.

La cuestión medular será si de verdad existe un llamado del Señor para dicha tarea, y en ese caso, si la persona tiende a reunir las características que hacen a un apóstol o no. Esto es, si el esfuerzo va encaminado a lograr obtener las cualidades necesarias que avalen el ministerio, o simplemente se trata de alguien que se hace llamar apóstol sin serlo, sin parecerlo y sin esforzarse por llegar a alcanzarlo.

Como en todas las cosas del Espíritu, se va de menos a más siempre: debe existir un llamado a priori del Señor, el cual será insustituible e irrevocable, debe existir luego una vocación que permita responder al llamado en obediencia, y después el resto será un camino, gradual, periódico, ascendente, donde el ministro crecerá, madurará y por fin llegará a ser completamente aquello para lo cual fue separado.

Al estar frente a un ministerio, cualquiera que sea, no debe buscarse la perfección, porque tal vez de esta forma sólo consigamos desilusionarnos. Al estar frente a un ministerio, y en este caso el apostólico, lo que debe esperar verse es si el tal ministro corre hacia ella, se esfuerza por lograrla, o si en cambio impera sólo un afán de lucro, de protagonismo, de éxito fácil o de triunfalismo.

La cuestión es muy seria porque se trata del ministerio de mayor autoridad dentro de la Iglesia, y la autoridad se ejerce con una vida que respalde, y no de otra manera. El deseo del apóstol, como de aquel que ejerce el ministerio sin serlo todavía, debe ser llegar a la estatura de la plenitud de Cristo, de gloria en gloria y de victoria en victoria.

• La primera señal

La primera señal la introduce el apóstol Pablo en el primer versículo que nos sirve como epígrafe: “**¿No he visto a Jesús el Señor nuestro?**” De manera, entonces, que la primera señal de un apóstol es el *haber visto a Jesús*.

Pablo, efectivamente, no había visto a Jesús en la forma en que vino a la tierra. La Biblia nos aclara que de esta forma no aparecerá jamás, hasta que vuelva, y todo ojo lo vea.

Algunos hay por allí diciendo haber visto el rostro de Jesús, con larga barba y túnicas resplandecientes... Aunque el Señor no nos haya prometido en Su Palabra que así se nos presentaría...

Lo que Pablo vio fue camino a Damasco, cuando lo rodeó un resplandor de luz del cielo que lo derribó a tierra dejándolo ciego... Lo que Pablo tuvo fue un verdadero encuentro con Cristo que cambió su vida, que marcó su rumbo, que transformó grandemente el curso de los acontecimientos.

La presencia visible de Jesucristo la esperamos para su cumplimiento escatológico, cuando surja como un relámpago que va de Oriente a Occidente... Mientras tanto, como el ciervo que brama junto a las corrientes de las aguas, lo que sí debe esperarse y anhelarse es la presencia espiritual de nuestro Señor y Maestro Jesucristo. Cada creyente debe encontrarse con Jesús de esta manera:

no basta acercarse a Él con peticiones para luego de recitar la larga lista, darnos la vuelta y ocuparnos de otra cosa. La necesidad es de un contacto directo, diario, personal con Dios.

Un apóstol no puede carecer de esta señal, ya que la misma es crucial para la vida espiritual y el ministerio. Cuando el Señor se les apareció a los discípulos, Él sabía que debía ir al encuentro de aquellos que habrían de salir a la obra, y les dijo: **“Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy; palpad y ved (...)” (Evangelio de Lucas 24:39)**

Es verdad: un encuentro así con el Señor no tiene lugar en la mente, sino en el espíritu. No es producto de especulaciones, sino de relación espiritual, y como todas las cosas espirituales, se han de discernir espiritualmente, aunque la mente quede huérfana. Lo sobrenatural nunca podrá caber en la mente finita del ser humano.

Quien anhele encontrarse con el Señor por cierto que lo hará: porque es su voluntad manifestarse a los suyos, morar entre los que le aman, darse a conocer: **“No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros.” (Evangelio de Juan 14:18)**

El Señor Jesucristo está siempre a la puerta llamando. Si escuchamos el llamado y abrimos, Él entrará y cenará con nosotros...

La primera señal de un apóstol es, pues, haber visto espiritualmente a Jesús, haberse encontrado con Él, en una realidad incomprensible pero espiritual que marca definitivamente la vida y el ministerio.

Pablo no vivió con Cristo como los demás apóstoles, pero se encontró con Él en su camino de venganza y odio, y eso fue suficiente para reacomodar todas las cosas en su vida: Saulo era otro, otro hombre, otra vida. Ahora era Pablo. ***Apóstol de Jesucristo.***

- **La segunda señal**

El versículo 2 del pasaje de 1ª Corintios manifiesta la segunda señal: **“el sello de mi apostolado sois vosotros en el Señor”**, dice Pablo refiriéndose a los corintios, esto es, a la Iglesia del Señor en Corinto, fruto de su trabajo misionero junto con otras iglesias de entonces.

La segunda señal, entonces, es la de haber fundado iglesias, levantando testimonios donde antes no los había.

El apóstol Pablo viajaba infatigablemente, pero no iba de paseo: su vocación era la extensión misionera, y para ello viajaba, sembrando la semilla de la Palabra de Dios.

Quien siembra con intenciones serias de recoger alguna vez algún fruto, no tira las semillas al aire, dejando que caigan en cualquier lugar, sin haber trabajado la tierra, para después desentenderse de lo que ha hecho.

El apóstol siembra la semilla, la vigila, la cuida, la alimenta de agua, espera a la planta, la desmaleza, etc. Es verdad que el crecimiento lo da el Señor, y así ha

de ser siempre. Puede ser el caso de que uno sea el que plante, y otro el que recoja. No obstante, el apóstol tiene una responsabilidad sobre la Iglesia que va mucho más allá de su fundación: la suya es una tarea de cuidado, de mantenimiento, de cobertura, de relación paternal.

La segunda señal, entonces, no es la de simplemente predicar el evangelio, sino la de fundar iglesias y seguir cubriéndolas mientras existan, llevando el evangelio del Reino de Dios hasta lo último de la tierra.

- **La tercera señal**

“¿Acaso no tenemos derecho de comer y beber?” 1ª Corintios 9:4

“¿O sólo yo y Bernabé no tenemos derecho de no trabajar?” 1ª Corintios 9:6

El apóstol de Jesucristo debe dedicarse exclusivamente a la obra de Dios, porque la tarea apostólica es ardua, compleja, de mucha responsabilidad, y requiere atención completa. Se puede ejercer el ministerio apostólico y desarrollar a la vez otra tarea: pero para ser apóstol, habrá que dedicarse a ello con exclusividad. Esta es otra señal: la de la dedicación exclusiva, excluyente y absoluta a la obra ministerial.

Algunos creen que si el pastor no trabaja en alguna tarea secular, entonces no es digno de tener lo que le es necesario. Pero no dicen eso las Sagradas Escrituras, que sí en cambio afirman que el obrero es digno de su salario, queriendo significar que merece recibir paga por lo serio, concienzudo y de responsabilidad que es su trabajo espiritual.

¿No es trabajar cuidar la grey?, ¿No es trabajar alimentar al rebaño?, ¿No es trabajar ocuparse de cada hermano en particular y de la congregación en general?... A veces no alcanzan los dos giros del reloj de cada día...

Cuánto más un apóstol, pastor a pastores, autoridad máxima de la Iglesia del Señor...

El que trabaja en el evangelio, vive del evangelio: decorosamente, honestamente, seriamente, en lo posible sin apremios, como merece un ministro del Señor.

“Si nosotros sembramos entre vosotros lo espiritual, ¿es gran cosa si segáremos de vosotros lo material?

Si otros participan de este derecho sobre vosotros, ¿Cuánto más nosotros? Pero no hemos usado de este derecho, sino que lo soportamos todo, por no poner ningún obstáculo al evangelio de Cristo.

¿No sabéis que los que trabajan en las cosas sagradas, comen del templo, y que los que sirven al altar, del altar participan?

Así también ordenó el Señor a los que anuncian el evangelio, que vivan del evangelio.

Pero yo de nada de esto me he aprovechado, ni tampoco he escrito esto

para que se haga así conmigo; porque prefiero morir, antes que nadie desvanezca esta mi gloria.”

1ª Corintios 9: 11-15

La contracara de esta señal la aporta el versículo 16: **“Pues si anuncio el evangelio, no tengo por qué gloriarme; porque me es impuesta necesidad; y ¡ay de mí si no anunciare el evangelio!**

¿Cuál, pues, es mi galardón? Que predicando el evangelio, presente gratuitamente el evangelio de Cristo, para no abusar de mi derecho en el evangelio.”

1ª Corintios 9: 16 y 18

No será jamás por la paga que el apóstol presenta el evangelio, sino porque está empujado, irresistiblemente, a hacerlo: esa es su vida. Si obtiene recompensa, habrá sido bien ganada, y si no obtiene salario por su trabajo, igual predicará, ***porque ya no puede no hacerlo.***

El evangelio llega hasta los hombres gratuitamente, de balde, y no hay nada que ellos pudieran hacer que pagará en algo, aunque sea mínimamente, la gran salvación obtenida. De la misma forma el apóstol está llamado a hacer su trabajo: aunque el Señor, que no debe a nadie nada, se ocupará seguramente de sus hijos, sosteniéndolos... Como a las aves, como a los lirios del campo...

- **La cuarta señal**

“Por lo cual, siendo libre de todos, me he hecho *siervo* de todos para ganar a mayor número. Me he hecho a los judíos como judío, para ganar a los judíos; a los que están sujetos a la ley (aunque yo no esté sujeto a la ley) como sujeto a la ley, para ganar a los que están sujetos a la ley; a los que están sin ley, como si yo estuviera sin ley (no estando yo sin ley de Dios, sino bajo la ley de Cristo), para ganar a los que están sin ley.

Me he hecho débil a los débiles, para ganar a los débiles; *a todos me he hecho de todo*, para que de todos modos salve a algunos.

Y esto hago por causa del evangelio, para hacerme copartícipe de él.”

1ª Corintios 9:19-23

El apóstol Pablo brinda un doble ejemplo que da cuenta de su apostolado: por un lado, el servicio a todos, y por el otro, el identificarse con todos.

Más allá de las diferencias, por sobre las razas, edades, colores y matices, por encima de las nacionalidades, simpatías o preferencias, está el servicio: servicio a todos, sin discriminación.

Ser siervo de todos, con la sola intención de ganar muchas almas para el Señor. Esta es la única especulación permitida por las Sagradas Escrituras: que muchos se salven, para la gloria de Dios.

No es ganar a muchos para que nos sirvan, sino servir a muchos, a fin de ganarlos para el Señor: es una realidad muy distinta.

Este servicio, señal indeleble del apostolado, no será un servicio cualquiera, frío y sin emoción: siempre implicará una profunda identificación. Al judío, judío. Al griego, griego. A todos, todo.

Normalmente esperamos que los demás se adecuen a nosotros, que nos comprendan, que se amolden, que se conformen con el servicio que queremos brindarles... Mientras tanto, las Sagradas Escrituras aconsejan que el esfuerzo lo haga uno, adaptándose al otro, haciéndose al otro, llorando con los que lloran, y lo que es más difícil aún, gozándose con los que se gozan.

Servicio e identificación: señales de un apóstol, ejemplo de aquel que siempre estaba entre la multitud, tomando forma de siervo, mezclándose con los necesitados, yendo a ellos... Ejemplo de uno que verdaderamente se humilló hasta lo sumo para hacerse a nosotros... Jesucristo, nuestro apóstol.

Jesucristo, nuestro Señor.

- **La quinta señal**

“Así que, yo de esta manera corro, no como a la ventura; de esta manera peleo, no como quien golpea al aire (...)” 1ª Corintios 9:26

El ministerio apostólico es un ministerio orientador, un ministerio *a ministerios*. Es por eso que es preciso, para desarrollar correctamente su tarea, que el apóstol tenga realmente una visión clara de hacia dónde va, qué quiere conseguir, cuál es el camino, por dónde deberá conducirse y conducir, qué es lo que Dios marca para cada momento, etc.

Jamás nadie podría orientar, poner rumbo, marcar una dirección, si no está seguro él mismo por dónde camina.

Un poco más adelante en la epístola a los Corintios leemos: **“Y si la trompeta diere sonido incierto, ¿Quién se preparará para la batalla?” (1ª Corintios 14:8)**

El apóstol no debe emitir “sonidos inciertos”, no debe ir de acá para allá siguiendo cualquier moda doctrinal o teológica que se aparece, porque **“El hombre de doble ánimo es inconstante en todos sus caminos.” (Santiago 1:8)**

En el capítulo 4 de Efesios, donde precisamente Pablo da cuenta de los cinco ministerios que funcionan en la Iglesia, entre los objetivos fijados a la hora de poner en funciones a dichos ministerios, está el de no ir de aquí para allá llevados por cualquier doctrina (v.14), como es habitual que ocurra a los “niños” espirituales. Ahora bien: si el apóstol mismo no tiene seguridades, y se deja

llevar erróneamente hacia cualquier parte... ¿Dónde pueden llegar a parar aquellos que él conduce?

El asunto de la visión es una cuestión muy seria, que aquí sólo trataremos tangencialmente: ningún creyente, y mucho menos un apóstol, puede ni debe correr a la ventura, dar golpes al aire, andar a tientas.

Hay una visión para cada uno, esto es, hay un camino cierto, prefijado, por el cual caminar seguro y con paso firme. Como iglesia, como apóstol, como pastor o como simple creyente, se debe saber en qué se cree, por qué se cree, hacia dónde uno se dirige y hacia dónde conducir a los que vienen detrás, sabiendo qué quiere el Señor de uno y de la congregación.

Si Dios nos ha hablado de algo, debemos seguirlo, conseguirlo y proseguirlo, hasta las últimas consecuencias. Eso es tener visión... Si Dios me habló de **su gloria**, y de enderezar todos los pasos hacia ella, enfatizando la restauración del culto al Señor, la alabanza, la adoración y la predicación de su Palabra sin mácula... Entonces deberé amar la visión que El me ha dado, y conducirme y conducir a todos los que estén bajo mi responsabilidad hacia ese lado: no se puede, ni se debe, levantarse cada día con una visión nueva... ¿Acaso obró así el Señor con sus siervos de antaño? Dios siempre habla claramente y pone pautas transparentes: el apóstol tendrá cabal conciencia de ello, y obrará en consecuencia.

Estabilidad, madurez, seguridad, claridad: todos atributos de un apóstol que va andando seguro, aferrado a la visión que Él le haya dado... como viendo al Invisible.

• La sexta señal

“Y estuve entre vosotros con debilidad, y mucho temor y temblor; y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios.” (1ª Corintios 2:3-5)

Una de las señales más visibles de un apóstol tiene que ver con los milagros, con los portentos, en fin, con las manifestaciones sobrenaturales. Quizás sea por ello que hay que tener mucho cuidado con el manejo que el apóstol haga de estos fenómenos.

El apóstol Pablo habla a la Iglesia de Corinto, evidentemente mostrando ante ellos las credenciales del poder de Dios que se hacía patente en su vida. Seguramente ocurrían grandes milagros a través de él, y la manifestación del poderío divino era incuestionable. No obstante, Pablo se presenta ante ellos con temor, con debilidad y con temblor. Este ejemplo pondría en su sitio a más de un orgullo leudado: a pesar de las cosas que el Señor hacía a través de él, Pablo mantenía su lugar y su humildad.

El hacer milagros es una señal apostólica... Pero el mantenerse como siervo, también lo es... Y así, todo va adquiriendo un divino equilibrio... Aunque puede

ocurrir el caso de un apóstol que ponga su mirada excesivamente en el poder que Dios le ha conferido, y de esta suerte, errar la recta senda que el Señor hubo marcado.

El propio Señor Jesucristo prometió que habría señales acompañando a los que creyeran. Se lo dijo a sus once más cercanos, a los que El había elegido para que estén con El y para enviarlos a predicar: **“Y estas señales seguirán a los que creen: En mi nombre echarán fuera demonios; hablarán nuevas lenguas; tomarán en las manos serpientes, y si bebieren cosa mortífera, no les hará daño; sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán.” (Evangelio de Marcos 16:17 y 18)**

El verbo griego utilizado para “seguirán” habla de seguir cerca, en pos o al lado, acompañando. La palabra misma denota, entonces, que las señales no son lo más importante: estarán, seguirán estando, pero serán las añadiduras, lo que acompaña, lo que excede por su buena voluntad. Poner la mirada en ellas y otorgarles una importancia que no les corresponde, puede convertirse en un gran peligro para el apóstol y para la iglesia toda.

Cuentan de uno que había sido el vehículo para un milagro muy fantástico de recuperar la vista un ciego... El tal, inexperto, debía volver de viaje esa misma noche en un transporte de línea... Hacía frío, y una ráfaga de aire helado penetraba por la ventanilla de una señorita al otro lado del pasillo... Acababa de “hacer” un milagro, y ahora tenía frío... ¡Qué incongruencia! En el nombre de Jesús, que se cierre la ventana pensó, entre timorato y osado... Pero la ventana no se cerraba... Repitió la operación varias veces, atando, desatando, recitando frases poderosas e intentando parecer sólido... aunque sin resultado...

Mientras tanto, una voz en su espíritu le aconsejaba tierna: Tonto, simplemente pídele a la señorita que la cierre... Un poco avergonzado, pero habiendo aprendido la lección, se paró, hizo el pedido, y dejó de pasar frío inútilmente... Había sido su orgullo, tan sólo un poco excedido...

El apóstol de Jesucristo llevará esta señal sobre sí de ser canal del poderío divino. Pero ese mismo poder, que se mostró en todo su esplendor en la Cruz del Calvario, hará del apóstol una persona sencilla, humilde, semejante a Cristo en su muerte.

Las señales no precederán a los apóstoles: los seguirán, los acompañarán, serán las añadiduras del Reino de los cielos... Y los apóstoles, enviados de Jesús, aprenderán de su maestro, ceñida la toalla, sirviendo.

• Concluyendo

El apóstol del Señor habrá de conocerse mucho más por lo que muestre de sí mismo, que por lo que diga de sí mismo... En este sentido, las señales que apuntamos más arriba obrarán en él a modo de cartas credenciales. Si aún no las tiene todas, probablemente esté en vía de conseguirlas, esforzándose en ello, procurando la excelencia, caminando hacia la perfección...

Porque fiel es el que lo llama, el cual también lo hará...

Hacia el final

“¿Quién es ésta que sube del desierto como columna de humo, sahumada de mirra y de incienso y de todo polvo aromático?”
Cantar de los Cantares 3:6

Es la amada de Cristo, la que Él está ataviando para presentársela a sí mismo en las Bodas del Cordero... Va al encuentro de su esposo, y se ve de lejos a causa del humo del incienso que asciende hasta los cielos en olor fragante.

Jesucristo, el Señor, ha procurado un pueblo que lo adore, que lo siga, que lo sirva, que lo ame: sólo porque Él es Rey, Soberano, dueño de todo, amo absoluto. Y este pueblo fue creado, apartado y sustentado para su propia gloria, gloria de Cristo, gloria de Dios.

El Señor no volverá a buscar una multitud de fragmentos más o menos semejantes, más o menos unidos. Vendrá por su Iglesia reunida, que ha llegado a la estatura de la plenitud de Cristo, que ha aprobado la unidad del Espíritu, que ha alcanzado la unidad de la fe y del conocimiento de su amado...

Ante ella exclamará... **“Hermosa eres tú, oh amiga mía, como Tirsa, de desear, como Jerusalén; imponente como ejércitos en orden” (Cantares 6:4)**. Para estos fines estableció medios claros a través de Su Palabra: los cinco ministerios de Efesios 4 son parte de ellos.

En este sentido, y como se desprende de una lectura seria y concienzuda de todo el capítulo, procurar la restauración del ministerio apostólico parece oportuno y necesario.

Si hasta ahora ha funcionado mal, o ni siquiera ha funcionado, es el momento ya de buscar al Señor para que encamine todas las cosas según su voluntad y de acuerdo con Su Palabra.

En un mundo plagado de mesianismos y de líderes carnales, como ya nos fuera anunciado en las Sagradas Escrituras, es el tiempo de retomar las sendas bíblicas que colocan al ministerio apostólico como el ministerio para la dirección de la Iglesia del Señor.

Ministerio apostólico: ministerio de gobierno, pero también de cobertura, paternal, amoroso, humilde, lleno del Espíritu Santo, servicial, paciente, misericordioso. Que planta la Iglesia, pero vela por ella, la cuida, la guarda, acompaña su crecimiento...

Porque la iglesia es mucho más que una empresa humana con roles gerenciales, es la amada de Jesucristo, la novia, el cuerpo místico del Señor aquí en la tierra... Y muy pronto, serán actuales las palabras...

“Y oí como la voz de una gran multitud, como el estruendo de muchas aguas, y como la voz de grandes truenos, que decía: ¡Aleluya, porque el

Señor nuestro Dios Todopoderoso reina! Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado. Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente. (...) ”

Apocalipsis 19: 6-8

Que así sea ...